



Buscar marido nunca estuvo
tan de moda

Una Debutante Moderna



Mario Sanca



Una debuttante moderna

por

Mario Sanca

©Todos los derechos reservados

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales) hechos o situaciones son pura coincidencia.

UNA DEBUTANTE MODERNA

Copyright © Mario Sanca.

Diseño de portada: Sofía Simón Benito

Corrección: L. M. Mateo.

Todos los derechos reservados.

Contacto:

<https://mariosancaescritor.wordpress.com/>

Gracias por comprar esta novela

Para mis padres.

Por querer siempre lo mejor para mí.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

—Apenas puedo respirar.

—Exageras, hija —contestó la mujer, resignada, en su asiento—. Exageras.

La ayuda de cámara tiró, las cintas de seda se tensaron, el corsé se cerró y una exhalación se escapó de los labios de la joven. Un gesto que, a aquellas horas, se repetía en los dormitorios de todas las muchachas del vecindario.

Aquel pensamiento no consoló a nuestra protagonista, que se miró en el espejo sin demasiada convicción.

—¿De verdad esto es necesario?

Lo era. Y ella lo sabía. Lo dictaba la moda, aunque jamás admitiría que no le resultaba tan incómodo como parecía: aquella armadura de tela se abrazó a su cuerpo con decisión, ciñéndose al contorno con rigidez, pero sin quitarle el aliento. Porque su objetivo no era aquel, sino realzar, siempre con decoro, el busto femenino.

—¡Mamá! —La muchacha se palpó aquel escote—. ¿Crees que esto es normal? ¡Parecen el doble de grandes!

La mujer, con más años de vida de lo que sería admisible en público, suspiró:

—Alice... —La forma en que la miró su hija fue dura y cortante, aunque nunca supo si se debió a cómo la había llamado o si tenía que ver más con el corsé—. Creo que no debemos preocuparnos. El doble de una pera no es un melón —contestó con una risa cantarina. Otra persona se habría visto afectada por un comentario así, pero aquella muchacha sabía que su madre tenía razón: nunca había sido una mujer de curvas generosas y aquel corsé no iba a hacer milagros—. Además, quedarán bien tapadas bajo el vestido.

—Voy a parecer una cebolla, con tanta capa.

—Y serás la cebolla más bonita de todas.

Alice era una persona con carácter que no habría dejado sin contestar un comentario así,

pero ver sobre la cama lo que se tenía que poner le quitó las ganas. Entre sedas, volantes, algodón, muselinas y encajes, se podría haber vestido a media docena de personas, aunque la realidad era que aquello le pertenecía solo a ella.

—Cuanto antes empecemos, antes terminaremos —declaró con un suspiro.

Miró a la ayuda de cámara, que se dirigió a la señora de la casa:

—¿Comenzamos, duquesa?

—Adelante, por favor.

Con el cuidado y la precisión de alguien que llevaba haciendo aquello muchos años, la ayudante fue cogiendo las diferentes prendas para ayudarla a ponérselas.

—Vas a estar bellísima, cariño. La modista ha hecho un trabajo espectacular con estas piezas. No deberíamos tardar en visitarla.

—¿Es necesario?

—¡Por supuesto! Vamos a requerir de muchos vestidos para esta temporada. No querrás parecer una cualquiera delante de las demás.

—La verdad —dijo mirándose en el espejo— es que no tengo muy claro a lo que me quiero parecer. —La imagen de una cebolla, con cada capa de tela que le ponían, se hacía más fuerte en la imaginación de la muchacha.

Aquel espejismo habría sido más convincente si se hubieran encontrado en la cocina de la casa, pero no era el caso, dado que la señorita Alice Grace estaba en un dormitorio digno de la hija de unos duques: ornamentados muebles de madera, mullidas y lujosas alfombras de diferentes estampados y largas cortinas de seda que cubrían los grandes ventanales. Todo olía a ropa limpia con un suave toque a lavanda.

—Necesitarás, al menos, tres vestidos de mañana, tres de tarde y otros tres de noche —respondió su madre—. Y otros tantos para mí. No queremos desentonar. Las debutantes, hoy, tenéis que ir sencillas, pero podemos buscar algo un poco más llamativo para el resto de la temporada. Y, claro, yo también necesitaré estar a la altura. Creo que, entre las dos, con tan solo veinte atuendos será suficiente.

Una carcajada resonó en la habitación. Alta, larga y que correspondía poco con la señorita dulce y apocada que debía ser una joven debutante:

—¿Y a papá le parecerá bien?

—Claro que sí, ¿por qué le iba a parecer mal?

—Porque estas telas no creo que sean muy baratas.

—Es lo mejor que se puede encontrar ahora mismo.

—Con más razón, entonces, es posible que papá no esté de acuerdo en que te gastes tanto dinero en esto, ¿no?

Gracias al espejo vio cómo su madre se recolocaba en su asiento y contraía el rostro.

—Tu padre sabe lo que conlleva una temporada como esta. Ya he hablado con él y no me ha puesto ningún tipo de pega al dinero. ¡Ninguno! Podemos gastar lo que queramos, como queramos y en lo que queramos. —Hizo una breve pausa para mirarla—. Es lo mínimo por no haber venido. ¿Te puedes creer que deje a su mujer y a su hija solas? ¿En algo así? ¡Necesitamos un caballero con nosotras!

La duquesa, en su círculo íntimo, era bien conocida por no contener sus ocurrencias demasiado tiempo en la garganta; al igual que era conocida por su gran pasión por el dramatismo y la teatralidad, dotes que puso en práctica en aquel momento.

—Por favor, mamá...

—Menos mal que tu hermano Edward vendrá mañana. No me quiero imaginar lo que dirían de dos mujeres solas, sin la compañía de un hombre, en una temporada como esta, tan importante y diferente a las demás.

—Tienes razón, madre. Menos mal que hay un hombre para salvarnos. Estaríamos perdidas sin un buen caballero que nos protegiera. —Para desgracia de la duquesa, su hija también había heredado la capacidad de compartir sus ocurrencias sin demasiado esfuerzo.

Por suerte, la ayuda de cámara intervino:

—Ya está lista, señorita.

Ambas parecieron olvidar lo que querían decir y miraron el resultado con una mezcla

entre expectación y asombro.

La primera vez que se presentaba a una debutante ante la sociedad era memorable; uno de los momentos más importantes para muchas familias, lo que hacía que el cuidado al detalle fuese máximo. Por eso habían escogido aquel vestido: blanco, con una cinta ceñida debajo del pecho y un recatado escote —lo que marcaba la etiqueta en un evento como aquel—, acompañado de unos zapatos planos y unos sencillos pendientes. Un atuendo correcto, aunque carente de belleza, salvo si se observaba con detenimiento: los delicados encajes que remataban la prenda, el filo perlado de la cinta o los pequeños brillos que se dibujaban en el bajo de la falda. El conjunto, que representaba a la perfección la candidez y la castidad de una debutante, encajaba a la perfección con aquel recogido rubio o con los ojos azules de su dueña. No había el menor atisbo de duda sobre que la joven Alice robaría toda la atención aquella velada.

—Estoy espectacular —admitió sin el menor tipo de duda.

—¡Alice! —recriminó su madre, que se llevó, escandalizada, las manos al rostro—. Una señorita no puede decir tales cosas. Debes demostrar humildad, decoro y respeto.

—Sí, sí. Vale —dijo con cierto agotamiento—. Cuando me estaba vistiendo no tenía mucha confianza, pero ahora que veo todo en conjunto... Pásame el móvil, que quiero hacerme una foto.

La duquesa la miró un instante, como si valorase si era conveniente meterse en aquella discusión o no. La noche podía ser muy larga y estaba segura de que habría más temporales entre los que navegar.

—Está bien —respondió con un suspiro de cansancio—. Pero solo una, que no quiero llegar tarde.

Y allí estaba Alice Grace, más conocida como Alicia García, una mujer adulta de treinta años, vestida como una debutante del periodo de Regencia inglesa, en una habitación decorada igual que en la Regencia inglesa, en una casa de estilo Regencia inglesa, que acudiría a una presentación en sociedad similar a las que se hacían en la Regencia inglesa, que immortalizaba el momento gracias a su teléfono móvil, que no tenía nada que ver con la Regencia inglesa.

Capítulo 1

—Debo admitir que esto es más cómodo de lo que pensaba.

—¿El vestuario o el coche de caballos?

Los cascos de los animales golpeaban el suelo con un ritmo constante, lo que hacía que el carruaje tuviese su propio hilo musical, que, junto al olor a madera y terciopelo del interior del habitáculo, transportaba sin el menor esfuerzo a esa época pasada de la que parecía sacado.

—Ambas —contestó Alice con cierto tono de extrañeza—. Y que el bajo de la falda me tape las zapatillas siempre es un extra. —Su madre echó un rápido vistazo a su calzado y, cuando abrió la boca para recriminárselo, su hija prosiguió—: Esta forma de moverse tiene bastante encanto, creía que iba a ser peor ir como una cebolla.

—Piensa que el esfuerzo ha merecido la pena. ¡Estas muy guapa, cariño! Ese blanco combina muy bien con tu nuevo tono de pelo.

—¡Este es mi tono natural!

—Sí, cielo. Desde hace dos meses.

La joven torció el gesto y miró con descaro a su madre mientras se recolocaba uno de sus rubios mechones. Porque era cierto que el cabello claro, al igual que los ojos azules, los había heredado de su padre, pero el paso del tiempo había conseguido aclarar y embellecer los segundos y oscurecer el primero; algo que había tenido fácil solución gracias a un buen tinte.

De su madre, por otro lado, había heredado los pómulos altos y la nariz redondeada, lo que le proporcionaba un rostro angelical y que la hacía aparentar menos edad de la que tenía. Y mientras que esto le encantaba, no estaba tan conforme con compartir también con ella su metro sesenta.

—Como te decía —continuó la muchacha sin suavizar su expresión—, estoy bastante cómoda con el vestido y con lo que me han puesto. Creo que me gusta mucho este escote cuadrado.

—Te sienta muy bien. ¿Y ves cómo no es muy pronunciado? Enseñas lo justo y lo necesario. Además, entre el corsé y el vestido, que se ciñe debajo del pecho, como era la moda, te hacen una figura muy esbelta y estilizada.

—No le des todo el mérito al vestuario, que aquí hay invertidas muchas clases de pilates.

—No me lo recuerdes. Entre tus clases y el trabajo, hija, no hay quien te vea. Menos mal que aceptaste venir a estas vacaciones conmigo.

—Hablando de eso... —Alice se preparó para sacar un tema algo escabroso, pero el zumbido en el teléfono de su madre cortó sus intenciones.

—¡Ay, es tu hermano! —declaró la duquesa, que aceptó la videollamada—. ¡Hola, cariño!

—Hola, mamá. —El rostro del señor Edward Grace apareció en la pantalla del teléfono.

Se trataba de una copia casi perfecta de su hermana: pelo castaño claro, ojos azules y una belleza a prueba de dudas. Las diferencias entre ellos, aparte de las evidentes, era que él medía diez centímetros más, metro setenta, y que intentaba disimular sus tiernos veinticinco años gracias a un bigote y una barba perfecta. Un joven apuesto y soltero que, sin duda, sería el mejor sueño de muchas debutantes y la peor pesadilla de la mayoría de las madres.

—¿Cómo estás, hijo?

—Muy bien. Entrando en el aeropuerto. Mañana estaré allí, como te prometí. —En aquel momento, Alice profirió un suspiro de alivio. Aguantar a su madre en compañía siempre era mucho más llevadero—. ¿Qué tal está nuestra estrella? ¿Lista para pescar un buen marido? —La duquesa giró el dispositivo en su mano para que la cámara enfocase a su hija—. ¡Joder! ¡Qué guapa estás!

—Muchas gracias —contestó su hermana.

—Ese nuevo tono de pelo te sienta fenomenal.

—¡Este es mi tono natural!

—Sí, claro. Cuando tenías diez años. La próxima vez que vayas, avísame, así también me doy unos matices en ese color. —La muchacha fue a continuar, pero su hermano no se lo

permitió—. Desde luego, resalta mucho el azul de tus ojos. No creo que vayas a tener problemas para encontrar marido esta noche.

—Espero —prosiguió la duquesa, que volvió a girar el dispositivo—. En concreto, un buen marido.

—Sigo sin creerme que hayas aceptado ir a ese parque temático para encontrar marido.

—En verdad... —empezó a responder la muchacha, pero su madre la interrumpió.

—¡Tengo un contrato que me lo permite! —exclamó.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntaron los dos hermanos, a la vez, al ver el pedazo de papel en la mano de la duquesa. Papel que, hasta hacía un momento, no estaba ahí.

—Según este contrato, tengo potestad para buscarte un marido. Y no especifica que no podamos buscarlo en un parque temático.

—Ya revisaré con calma eso —dijo Alice. Su hermano, desde la pantalla, alzó las cejas e hizo un leve gesto de asentimiento—. Sigo sin creerme que alguien haya creado algo así.

—¡A mí me parece una idea estupenda! ¡Un parque temático inspirado en el Londres de 1800! Sin todas esas cosas que suele haber para niños, como montañas rusas o tiovivos. Pero sí con bailes, fiestas o espectáculos. ¡Va a ser como retroceder en el tiempo!

—Salvo por la parte del agua corriente y la electricidad. O la laca —añadió al ver el perfecto moño castaño de su madre, del que no se había escapado ni un solo mechón de pelo.

—Yo, más que por la laca, doy gracias por el agua —añadió el señorito Edward desde la pantalla—. Y por el wifi, claro.

—No te alegres mucho, ya que está prohibido el uso de móviles en los eventos. Solo se pueden usar en las zonas designadas, aunque la mayoría son para hacerse fotos y esas cosas que os gustan tanto ahora a los jóvenes. —La mujer se recolocó en el asiento antes de proseguir—. El primer evento es este, la presentación en sociedad de las debutantes.

—Pero ¿eso no lo hacían las chicas de quince años? ¿Qué pinto yo debutando? Si les doblo la edad.

—Es uno de los puntos fuertes del parque. Todas las personas que vienen por primera vez

tienen que debutar. Da igual la edad que tengan o si son chicas o chicos. Ellas deben vestir de blanco y dar un pequeño paseo delante de los invitados, mientras que a ellos se les exige algún adorno de ese mismo color. Lo que se espera es que, a lo largo de la velada, todos interactuemos de alguna forma, ya sea charlando o con algún baile, y que así nos conozcamos entre los asistentes al parque.

—Básicamente, esto es la versión antigua del Tinder. —Ante la ocurrencia de su hija, la duquesa fue a protestar, pero no se lo permitió—. Aunque aquí somos las mujeres las que tenemos que exhibirnos como objetos delante de los demás, mientras que ellos no tienen que pasar por este escrutinio.

—¡Estoy de acuerdo! —apoyó el señor Edward—. Seguro que todos los tíos buenorros estarán contra las paredes, charlando y bebiendo. ¿Cómo quieres que les mire el culo si no se pasean?

—Espero, hijo, que no busques un hombre que solo tenga buen culo.

—Claro que no, mamá —respondió él, lo que provocó un gesto de alivio en el rostro de su madre—. También los busco con un buen paquete y unos buenos pectorales. —La crispación en el rostro de la duquesa fue evidente, y abrió la boca para contestar a la desfachatez que había escuchado, pero su hijo continuó—: ¡Os tengo que dejar! ¡Mañana os veo! ¡Pasadlo bien!

Y colgó.

En un principio, Alice se alegró de aquella situación. Tanto su hermano como ella eran buenos hijos, aunque eso no quitaba que les gustase importunar a su madre cuando tenían la ocasión. El problema era que, en otros momentos, estaban los dos para soportar las consecuencias de sus acciones, mientras que allí, en aquel carruaje, solo estaba ella para aguantar los embistes verbales de su madre.

—Ya hemos llegado —informó el cochero.

La puerta del compartimento se abrió y la duquesa, sin querer cruzar ni una palabra más con su hija, salió con la ayuda del cochero. Por su parte, Alice agradeció haber llegado a su destino en el mejor momento, y siguió a su madre.

Allí, delante de ellas, se alzaba un edificio que, a falta de una expresión mejor, les llamó la atención.

Si era observado con rapidez, parecía un exquisito palacete inglés, de tres plantas de altura, con una fachada de gigantescas ventanas, enormes puertas y decorada en un precioso azul cian con adornos en blanco. Un ejemplo perfecto de la alta sociedad inglesa que destilaba buen gusto y clase; pero, si se contemplaba con detenimiento, daba la sensación de que algo no terminaba de encajar.

Alice, concentrada en discernir los secretos que se ocultaban ante ella, no se percató del pequeño escalón que se interponía en su camino hacia la puerta principal. Así, de una forma poco elegante y grácil, su cuerpo se precipitó hacia el duro asfalto sin que nadie pudiera evitarlo.

O casi nadie.

—La tengo —escuchó la joven al mismo tiempo que unas fuertes y robustas manos la sujetaban del brazo y la cintura evitando una situación mucho más embarazosa—. ¿Se encuentra bien?

Ella, tras liberar un suspiro de puro alivio al ver que su dignidad seguía intacta, alzó la vista para encontrarse con su salvador, un hombre de portentosos brazos, enfundado en un traje negro que marcaba su escultural porte y con una espalda tan amplia que habría podido cargar con los problemas de toda la sociedad.

Una dama convencional se habría sonrojado al notar las cálidas manos de aquel desconocido posadas sobre su cuerpo, habría perdido la respiración al ver aquella sonrisa perfecta enmarcada en unos labios carnosos, o se habría desmayado al ver cómo, aquella espesa melena oscura, combinaba tan bien con los ojos cerúleos de aquel caballero.

Pero ya anuncio que Alice no era una dama convencional.

Capítulo 2

—Oh, muchas gracias. Casi me veía con la cara planchada en el suelo —contestó sin sonrojarse, sin perder el aliento y sin desmayarse. Lo que sí hizo fue desembarazarse del contacto de aquel caballero—. Estaba tan concentrada en el edificio que no he visto ese escalón.

—Se sorprendería al saber la cantidad de personas a las que les ha ocurrido lo mismo.

—Estoy segura de ello.

Lo que sí era Alice era una mujer, humana y terrenal, que se percató de inmediato de que aquel altísimo, grandísimo y bellísimo caballero era altísimo, grandísimo y bellísimo. Unas características que tampoco pasaron inadvertidas para su madre y el resto de las damas de los alrededores.

—Discúlpeme, caballero —dijo la duquesa. Había reparado en el corbatín blanco que vestía y decidió acercarse a aquel desconocido, que representaba el sueño de cualquier mujer con hijas casaderas—. Me temo que no hemos tenido el placer de ser presentadas.

—Oh, discúlpeme a mí —contestó él con cierto apuro en la voz—. La culpa es mía. Soy Henry Suns.

—Yo soy la duquesa Grace, y esta es mi hija, la señorita Alice.

—Un placer. —A pesar de cuánto se inclinó, el caballero era tan alto que, aun así, las superaba en una cabeza de altura.

—Me temo que ahora debemos pasar al interior. Pero confío en que podamos coincidir más adelante con usted.

—Espero con impaciencia a que llegue ese momento. —Tras decir aquello, hizo una nueva reverencia—. Duquesa. Señorita Alice.

En cuanto el señor Suns se alejó de madre e hija, esta miró a su progenitora con una clara expresión de sorpresa en el rostro.

—¿Qué se supone que ha sido eso?

—¿El qué? —preguntó su madre mientras se encaminaban al interior del edificio.

—Lo que acaba de pasar.

—Ha pasado lo que se supone que debe pasar en un sitio así: nos hemos presentado a un caballero.

—Ya, claro... Si al final voy a tener razón yo. El Tinder antiguo...

La duquesa, tras apreciar la parte posterior del señor Suns —algo que ella jamás admitiría haber hecho—, pasó a contemplar las puertas que las aguardaban. Gesto que, junto con ella, imitaron todos los presentes. Todos menos uno, comprobó Alice, ya que había un caballero que parecía más interesado en la fachada del edificio que en la manera de acceder a él. Por la distancia a la que se encontraba, la joven no distinguió si aquel desconocido poseía unas facciones agradables a la vista; pero en lo que sí reparó fue en el pelo oscuro y claramente despeinado que lucía. Algo muy poco habitual y que lo hacía destacar.

—¿Alice? —le llamó la atención su madre, haciendo que se girase hacia ella—. Ya nos toca.

—Sí, voy. —Perdió de vista a aquel desconocido.

Tras dar su tarjeta de presentación a un lacayo que hacía guardia en la puerta, entraron en el precioso edificio.

El suelo, un precioso damero en tonos tierra, estaba tan brillante que se podría haber usado de espejo; un efecto que, junto con las tres gigantescas lámparas de araña, atestadas de velas eléctricas, conseguía que el lugar resplandeciera. Pequeños apliques, en los que se entremezclaban diminutos puntos de luz con minúsculos cristales, flanqueaban los gigantescos ventanales que habían engalanado con inmensos cortinajes de terciopelo terroso. Desde la mesa más discreta situada en una esquina, pasando por el pequeño sofá para descansar, hasta el cuadro más grande de la habitación irradiaban opulencia y clase. La silla más modesta y sencilla, en aquel lugar, parecía el trono más engalanado que pudiera existir, y, no solo sucedía en el mobiliario: la persona más humilde del planeta, en un lugar como aquel, habría estado convencida de ser el gobernante más poderoso del mundo.

—Es impresionante —declaró Alice mientras se adentraban en la estancia—. Aunque algo no me termina de encajar...

—Es la altura —contestó su madre—. Es un edificio de dos plantas, pero, por cómo han colocado las ventanas en el exterior, parece de tres. Así da la sensación de ser mucho más grande por fuera.

El lugar estaba atestado de personas. Todas y cada una de ellas ataviadas conforme a la etiqueta: ellos, con ternos en colores oscuros y camisas blancas; y ellas, con vestidos de escotes cuadrados y ceñidos bajo el pecho, en colores apagados. Solo destacaban los hombres con algún ornamento en blanco, como el corbatín o un pañuelo, y las mujeres que vestían de este color. Todos se entremezclaban, charlaban y congeniaban, refrigerándose gracias a las copas de exquisito cristal que servían los camareros hasta que empezasen las presentaciones.

—Desde luego, este lugar vale cada billete que ha pagado tu padre —admitió la duquesa, extasiada por el lujo, los detalles y la alta sociedad que destilaba cada uno de los elementos que allí se encontraban.

—¿Cuánto ha pagado papá por estas vacaciones?

—Ay, cariño. No lo suficiente.

La duquesa se encontraba embelesada. Su rostro tenía una sonrisa eterna y sus ojos refulgían como dos brasas en medio de una noche cerrada. Incluso su forma de moverse hacía que su precioso vestido color lavanda flotase a su alrededor.

—¿Cuánto ha sido, mamá? —insistió en un susurro.

—Ya te lo he dicho. No lo suficiente. Porque no podía ser reina, que si no... —Ante la mirada inquisitiva de su hija se vio obligada a continuar—: Tu clase social depende de lo que pagues. Y, según eso, tendrás unos privilegios u otros, como tener acceso a más eventos. Nosotros estamos justo un escalón por debajo de la realeza, así que tenemos acceso a todo el parque.

—Así que, a más dinero, más privilegios.

—Sí. Aunque hay un par de excepciones, claro. Por ejemplo, el rey y la reina son siempre

los creadores del parque; por mucho que pagues, nadie puede ostentar ese título. Y una de las empresas que puso el capital sortea, cada temporada, una entrada que corresponde a la clase social más alta, por lo que alguien, sin haber pagado nada, podría tener acceso a los mismos privilegios que nosotras.

—¿Y se sabe quién es? —preguntó Alice, que miró a su alrededor con otros ojos.

Pero lo que vio entre la multitud la hizo olvidarse de la pregunta: un apuesto joven se dirigía hacia ellas.

Aparentaba la misma edad que Alice; sin embargo, medía una cabeza más que ella. Su pelo, negro y brillante, encajaba a la perfección con un rostro anguloso y unos pómulos altos que realzaban muchísimo sus preciosos ojos azules. De físico espigado, el traje le quedaba perfecto, como un guante, y el color mostaza lo hacía destacar por encima del resto de los caballeros de la estancia.

—¿Quién es el pibonazo que se acerca a nosotras? —preguntó en un susurro.

—Ay, hija, qué ordinaria eres cuando quieres.

—Sí, mamá, pero ¿quién es? —incidió ante la inminente llegada del joven.

—Pues ¿quién va a ser? Se trata de...

—¡Duquesa! —saludó él antes de darle un cortés beso en el dorso de la mano—. Me llena de gozo verla aquí esta noche. —Giró sobre sí mismo para mirar hacia el final de la sala, momento que Alice aprovechó para comprobar cómo el traje se ceñía a la perfección a un cuerpo trabajado—. Para nosotros es un placer que la familia Grace nos acompañe esta temporada.

—El placer es nuestro, querido príncipe. No nos lo hubiéramos perdido por nada del mundo. —La duquesa se mostró sonriente y exultante—. Mi hijo Edward se unirá a nosotras mañana, pero no queríamos perdernos la presentación de las debutantes. —La mujer, con un gesto de cierta complicidad, se acercó y bajó el tono—. Resulta que mi hijo tenía que recoger sus cosas de casa de su exnovio. Una situación muy delicada. —Tras aquello, la dama se volvió a alejar y alzó de nuevo la voz, aunque a Alice no le pasó desapercibido el extraño brillo que apareció en los ojos del príncipe—. ¡Está siendo una velada encantadora!

—Me alegro de que estén disfrutando —contestó él—. Tengo que ir junto a mi madre, pero la he visto y me ha urgido venir a saludarla. La buscaremos más tarde para charlar.

E igual de rápido que se había acercado, se alejó. Sin tiempo a que la duquesa pudiera contestar.

—¿Quién es ese? —preguntó su hija marcando cada una de las sílabas.

—¿No me has escuchado antes? Es el príncipe.

—Pues, madre mía, cómo está el príncipe... Desde luego, no es como el de los cuentos de fantasía que veía de pequeña, pero sí que es más como el de las fantasías que me monto de adulta.

—¡Alice! ¡Por favor! —increpó la duquesa, embravecida por aquel comentario—. ¡No digas eso! ¿Cómo puedes pasar de preguntar cosas interesantes a hablar de esta forma tan... tan...?

—¿De qué estábamos hablando antes? —cortó.

—Del parque y de la posición social.

—¡Cierto! Eso quiere decir que, este principito, tiene ese título porque es el hijo de los creadores del parque, ¿no?

—En efecto. Por mucho dinero que pagues, no podrías tener ese estatus. Y mira que lo intenté...

—¿Y luego estaba el ganador del sorteo? —La duquesa asintió—. ¿Y alguien sabe quién es?

—¡Uy, no! ¡Eso no se dice! —contestó su madre en un susurro—. A mí esas cosas ya sabes que me dan igual, pero hay mucha gente a la que no le sienta bien que otra persona disfrute de sus mismas ventajas sin haber pagado nada. Cuál es la familia ganadora del sorteo es un asunto que se lleva en secreto. Solo lo sabe el ganador... Y los reyes, quienes parece que van a comenzar.

Capítulo 3

La etiqueta era clara y estricta: vestidos de corte imperio, zapato plano y cuello cuadrado para ellas; trajes de tres piezas oscuros, con camisa blanca y corbatín para ellos. Las debutantes, una vez anunciadas, debían acercarse con solemnidad a los reyes y hacer una genuflexión para presentar sus respetos, tras lo cual podían volver junto a su familia; mientras que los debutantes solo debían permanecer en sus sitios, sin hacer otra cosa que observar a las señoritas y escoger a la afortunada a la que se presentarían.

Un cuarteto de cuerda comenzó a tocar y, como si todo estuviera ensayado, los asistentes se dispusieron por la sala hasta formar un ancho pasillo en medio de la estancia, que conducía a un pequeño trono.

—Esto es humillante —susurró a su madre Alice mientras se acercaba al lugar del que debía partir su desfile—. ¡No soy un trozo de carne que se pueda exhibir! ¿Por qué no dan el paseíto ellos también?

—Porque son hombres.

—¿Y? El Tinder antiguo, decía; ¡esto es peor! Esto es machista y denigrante.

Ambas se colocaron en el punto de partida justo a tiempo.

—La señorita Alice Grace —anunció el chambelán de tal forma que pudieran escucharlo los asistentes—. Presentada por su madre, la muy honorable duquesa de Grace.

Para muchas jóvenes, aquel momento, aquel preciso y justo momento, era uno de los más importantes de sus vidas. El instante exacto en que todos los hombres posaban sus ojos en ellas y, en un pestañeo, decidían si la muchacha era digna de atención o no. Evaluaban su belleza, su porte y su complexión; si sería una buena esposa, una buena madre y, también, una mujer complaciente en la cama; sin olvidar, por supuesto, si la dote y la situación social de la joven serían las adecuadas para concertar un matrimonio. Y, con este cúmulo de pensamientos en mente; mostrando elegancia, dulzura y candidez, a ser posible sin que las rodillas temblasen, sin

que se notasen los nervios y, claro está, sin desmayarse a causa de la presión, debían desfilar hasta llegar ante los reyes.

Pero Alice no ocupó su cabeza en nada de aquello. No le importaba que la mirasen. Ni que la compararan con un objeto que se pudiera adquirir. Solo pensó en dos cosas.

La primera: que no volvería a poner a su madre al mando de su vida sentimental. Porque era cierto que ella tal vez no fuera la mejor escogiendo marido, pero redactar un contrato que la había hecho llegar a aquella situación... Tal vez tampoco había sido la mejor de las decisiones.

Y, la segunda, que, si iba a someterse a aquella situación, a aquellas reglas y, como solía decir, pasar por el aro, lo haría a lo grande: incendiaría el aro y lo cruzaría de pie sobre un caballo al galope. Por eso puso la mejor de sus sonrisas, se irguió para imprimir seguridad a sus pisadas y alzó la vista con decisión. Avanzó con paso firme, seguro, sin temor, sin miedo, mostrando la mejor versión de ella misma. Con arrojo y aplomo. Pero también con lentitud, para asegurarse de que cada una de las miradas de aquella sala se dirigían a ella.

Las malas lenguas podrían haber dicho cualquier cosa para infravalorarla: que era demasiado bajita, demasiado alta, demasiado rubia, poco morena, con escaso pecho, con demasiado...; y añadir que, aquella muchacha, necesitaba toda la ayuda posible para llamar la atención de algún modo entre el resto de las debutantes. Pero tales palabras nunca salieron de los labios de ninguno de los presentes, ya que, si bien la señorita Alice Grace no destacaba por tener una extensa lista de cualidades físicas, poseía otras características capaces de eclipsar a cualquier mujer: un precioso pelo dorado, una mirada clara como un cielo despejado o un rostro sin el menor atisbo de imperfección; por no hablar de la increíble seguridad que impregnaba en cada uno de sus pasos o el porte regio y distinguido que emanaba de sus movimientos. Y es que la joven Alice no se conformaría con ser un objeto más de aquella exposición: quería ser el mejor de todos ellos.

Al llegar frente a la reina y su hijo, como dictaba el protocolo, realizó una leve genuflexión e inclinó con suavidad la cabeza. Tal postura le impidió vislumbrar el gesto de triunfo y orgullo que se dibujó en el rostro de su madre y el de celos que apareció entre algunas

invitadas; tampoco vio los de satisfacción y complacencia de la gran mayoría de los caballeros ni la curiosidad con la que la contemplaron los ojos claros de la monarca o el júbilo que había en los del príncipe.

—Levantaos, por favor —dijo la soberana.

La etiqueta del evento —y de la época— era clara. Había unas normas muy sencillas que los presentes, tanto hombres como mujeres, debían acatar. Normas que las modistas conocían a la perfección. Pero no hay nada como pertenecer a la realeza para saltarte esas restricciones.

La reina, para aquella velada, había escogido una tela que entremezclaba diferentes tonos de verdes y blanco, con una cinta roja ceñida debajo del pecho y una auténtica colección de distintas flores de tela bordadas que simulaban una cascada en la parte izquierda del conjunto. Su rostro, que gracias a los avances médicos estaba entre los cuarenta y los sesenta años, llevaba un suave maquillaje, y el pelo plateado recogido en un moño adornado con un tocado de flores. Un colorido soplo de aire fresco en medio de aquel monocromático blanco.

—Es un placer para mí que hayan podido asistir esta temporada —prosiguió. El príncipe Hemet, a su lado, parecía satisfecho—. Espero disfrutar de su compañía más adelante.

—Como desee, majestad —respondió su madre.

Ambas realizaron una breve inclinación de cabeza y se retiraron hacia un lateral.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Alice al ver el rostro exultante de su madre.

—¡Que la reina nos acaba de poner en el punto de mira! —La expresión de duda en el rostro de su hija la hizo continuar—. ¿No te has dado cuenta de que hemos sido las únicas a las que ha dirigido la palabra?

Capítulo 4

Alice miró a su alrededor. Decenas y decenas de ojos la observaban. Decenas de depredadores que, por una razón o por otra —deseo, anhelo, envidia, celos...— no apartaban la vista de aquella bella presa. Y todos encontraron lo mismo: una mujer que les devolvía una mirada repleta de seguridad y arrojo. Porque aquella joven no era un pequeño cervatillo indefenso ante una manada de leones, sino una tigresa que no estaba dispuesta a dejarse amedrentar. Se mantuvo en su sitio, con la espalda recta y el mentón elevado, retando desde la distancia a cada uno de aquellos desconocidos. Hasta que elevó la vista y lo vio.

Se encontraba en uno de los pequeños balcones que había en el segundo piso. Un hombre que, apoyado en la barandilla sin el menor reparo, parecía comer algo mientras aparentaba prestar más atención al edificio que a los asistentes.

—¿Sabes cuándo sacan los aperitivos? —quiso saber Alice.

—¿Comida? En un momento tan importante como este, ¿estás pensando en comer? —preguntó su madre en un tono ofendido—. Teniendo a casi todos los hombres del evento pendientes de ti, ¿piensas en comer?

—Sí. ¿Lo sabes?

La duquesa tuvo que contener el genio que ascendía por su garganta.

—No. No lo sé. Imagino que pronto... —La mujer cerró los ojos, tomó aire y, cuando los abrió, una gran sonrisa iluminó su rostro—. Creo que la reina estaba muy contenta contigo. Y al príncipe también lo he visto muy interesado, al igual que a muchos de los otros caballeros del salón.

—Sí, sí, mamá. Pero ¿cuándo se come?

—No me extrañaría que alguno se acercase a hablar con nosotras.

—Si no traen algo de comer, pueden irse por donde hayan venido.

—Aunque debemos ser inteligentes. No podemos aparentar necesidad.

—Me comería una hamburguesa doble sin pestañear.

—Tenemos que organizar las visitas a casa. Que vengan poco a poco y, a ser posible, que coincidan varios, para que así vean que tienen competencia —continuó la duquesa.

En aquel momento, una duda asaltó a Alice: ¿su madre había escuchado una sola palabra de lo que le había dicho? Deseosa de comprobarlo, la joven comenzó un particular juego:

—Creo que estoy embarazada —declaró.

—Los hombres siempre están más dispuestos si temen que alguien pueda arrebatárselos su presa —continuó su madre sin que su gesto cambiase lo más mínimo al escuchar aquella frase.

—De mellizos.

—La competitividad sana siempre es admirable.

—De padres diferentes.

—Aunque tampoco queremos que te vean solo como un trofeo que exponer.

—Uno de ellos, drogadicto.

—Eres mucho más que un objeto.

—El otro es un extraterrestre.

—Por eso debemos buscar a alguien que te merezca y que sea consciente de la suerte que tiene al ser tu marido.

—Y quiere que nos mudemos a su planeta.

—Y la suerte que tiene de tenerme como suegra.

Ambas mujeres se miraron y sonrieron, aunque de formas diferentes: la duquesa, repleta de felicidad, convencida de que su hija había escuchado cada una de sus palabras y que estaba de acuerdo con ellas; Alice, con satisfacción, convencida, sin el menor atisbo de duda, de que su madre no había escuchado nada de lo que le había dicho.

—Voy un momento al baño, mamá. A retocarme un poco.

Sin darle tiempo a replicar —dejó a su madre ensimismada, soñando con un fantástico hombre para su hija y una aún más fantástica boda—, la señorita Grace se dio la vuelta y se alejó. No para ir al excusado, sino para buscar comida. Si aquel desconocido la había

conseguido, ella también podría. O al menos eso pensó, ya que la realidad fue muy diferente: no vio rastro de canapés por ningún lado. El personal del servicio facilitaba refrigerios a los presentes, aunque nada comestible. Incluso intentó entrar en las cocinas, pero no se lo permitieron. Se planteó salir del edificio para acceder por la puerta del servicio —algo completamente inaceptable para alguien de su posición—, por desgracia, la informaron de que nadie podía abandonar el evento hasta que todas las jóvenes hubieran sido presentadas ante la reina. Por suerte, hubo algo que sí encontró sin demasiados problemas: las escaleras que ascendían a la segunda planta.

—¡Ahí estas!

Sobre el borde de la barandilla de uno de los balcones, encontró su premio. Comida. Una bandeja repleta de pequeños canapés, de diferentes colores y texturas y con un aspecto delicioso, que iban desapareciendo por culpa del caballero que se encontraba apoyado en el alféizar.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Alice sin el menor atisbo de educación y modales.

Aquel desconocido la miró y arqueó con sorpresa una de sus cejas.

—De la cocina —contestó como si se tratase de algo obvio—, ¿de dónde lo iba a sacar?

La muchacha se acercó a la bandeja y, sin mostrar el más mínimo decoro, cogió uno de aquellos aperitivos y se lo llevó a la boca sin pensárselo.

—¡Qué ico ta! ¿Qué eva?

—Ese creo que es una tartaleta con algo de cangrejo.

—¡Está riquísimo! —contestó tras tragar aquel bocado—. ¿Cómo lo has conseguido? —preguntó mientras valoraba cuál sería el siguiente en degustar—. A mí no me han dejado entrar en la cocina.

—Hay otra puerta de acceso.

El motivo por el que él sabía aquella información no le pareció relevante a la señorita Grace. En aquel momento, su prioridad —que debería haber sido presentarse formalmente a aquel caballero y mostrar una educación al nivel de alguien de su posición— se encontraba en el

estómago; el cual, tras un par más de aperitivos, le permitió recordar ciertos modales básicos:

—Perdóname. Tenía mucha hambre.

—Tranquila. Todos hemos perdido la batalla contra nuestros estómagos alguna vez. Especialmente si regresas a casa a las tantas de la mañana y pasas por delante de un local de bocatas con una limpieza cuestionable.

Aquel comentario provocó una ligera carcajada en la joven.

—Por eso siempre hay que tener restos en la nevera. Para ocasiones así.

Y este consiguió el mismo efecto en él.

Alice, recuperada ya del obnubilamiento que le habría provocado el hambre, centró su atención en el hombre que tenía frente a ella. No se podía comparar con el aspecto masculino y regio que poseía el señor Henry Suns —el caballero que la había salvado de su pequeño tropiezo al llegar a la fiesta—, ni con la picardía juvenil que poseía el príncipe Hemet, pero, desde luego, habría sido una blasfemia decir que aquel desconocido carecía de belleza. Llevaba su pelo oscuro arreglado de una forma algo desenfadada, como si un golpe de aire lo hubiera saludado pocos segundos antes, y, sin embargo, encajaba a la perfección con un rostro de facciones agradables a la vista y unos ojos oscuros y penetrantes. Su indumentaria cumplía con las exigencias, ceñido a lo que el decoro requería y sugería un físico atlético.

—¿Pasa algo? —preguntó el caballero al fijarse en la mirada analítica de la señorita—. ¿Tengo el traje manchado o algo así?

—¡No! Tranquilo. Solo me fijaba en el pañuelo —contestó ella con una sonrisa. Al prestar más atención a su cabello, descubrió que era el desconocido que contemplaba el edificio cuando habían llegado al evento.

—Oh. La verdad es que no contrasta demasiado con la camisa, pero, al ser mi primera vez en el parque, creo que tenía que llevarlo de color blanco.

—Sí. Me temo que es así. A mí también me han obligado a venir con este aspecto.

La señorita Grace señaló su vestido y no pudo evitar comparar a aquel desconocido con precisamente eso, un vestido. Este pensamiento venía provocado por su madre, la duquesa, quien

decía que un buen vestido debía ser sutil en la lejanía y llamativo en la proximidad. Y eso era justo lo que le ocurría a aquel caballero: un hombre que, en la distancia, no destacaba por encima del resto de sus congéneres, pero que, en momentos cercanos como aquel, despuntaba gracias a una sonrisa cálida, unas maneras educadas y unas facciones agradables.

—Un vestido muy bonito —declaró él con cortesía.

—No hace falta que mienta. Es igual al resto de los que hay ahí abajo. —Señaló con la cabeza la planta principal. Con un gesto poco adecuado, se acomodó sobre la barandilla para estar más cómoda y proseguir asediando los pequeños aperitivos.

—Que sea parecido a los demás no implica que no sea bonito.

—En eso le doy la razón.

—Algo deben tener los vestidos, que ya me han recomendado visitar a la modista —apuntó él.

—¿Para comprarse uno? No le creía de ese tipo de hombres.

—¿Duda de que me quede bien una falda? —preguntó entre carcajadas, lo que consiguió que ella también se riese.

—Depende de cómo sea la falda. ¿No? —Más sonrisas, silencio y algo que Alice no supo si identificar como incomodidad o bienestar—. Por cierto, me llamo Alicia; bueno, aquí me llaman Alice.

—Es un placer conocerla, señorita Alice —contestó él. Se adelantó un par de pasos hasta colocarse delante de ella. Le cogió la mano y le dio un teatral beso en el dorso—. Yo soy Luke, aunque mis amigos me llaman Lucas.

Ambos se observaron. De cerca. Demasiado para tratarse de un caballero y una señorita; demasiado para no haber una tercera persona allí; demasiado para dos desconocidos.

—Es un placer, Luke. —La señorita Grace carraspeó con cierta incomodidad, sin saber la razón. ¿Tal vez la cercanía con aquel caballero? ¿La agradable conversación que habían mantenido?

—¿Y está disfrutando del evento?

La joven se giró hacia la barandilla y bajó la vista para contemplar al resto de los invitados. El pasillo que conducía a la reina había desaparecido y los presentes charlaban más relajados.

—No estoy segura. —Desde aquella altura, a Alice todo le pareció una extraña partida de ajedrez, en la que las fichas negras, aquellos caballeros de vestimentas oscuras, tenían como objetivo comerse a las fichas blancas, representadas por las aspirantes y sus monocromáticos vestidos—. Me gusta la idea de que haya un parque temático ambientado en la Regencia inglesa. —Y entre el mar bicolor que se representaba abajo, descubrió unos ojos que la observaban acompañados de una sonrisa: el señor Suns destacaba entre aquella marejada, en gran parte por su altura, pero también por su atractivo. Con una ligera inclinación de cabeza, saludó a la señorita Grace, que respondió con el mismo gesto—. Lo que no sé si me convence es que se siga manteniendo a la mujer como un mero objeto decorativo. Y no me vale que me diga que es por la rigurosidad histórica, porque la han ignorado para lo que les ha convenido. Yo, desde luego, no voy a esperar paciente y con timidez a que un hombre se acerque a hablar conmigo.

Sus ojos se apartaron de los del caballero Suns para dirigirse al hombre que había a su lado. No poseía los rasgos del primero —¿había algún otro caballero que pudiera llegar a ese nivel de belleza?—, pero era innegable que había algo que le llamaba la atención.

—Estoy de acuerdo con usted en que la rigurosidad histórica les importó poco cuando pusieron electricidad en las casas, o agua caliente —comentó el señor Luke, lo que robó una corta sonrisa a su acompañante—. Y, desde luego, si hay alguien que le interese, ¡vaya a por él! A los hombres nos encantan las mujeres con iniciativa y que luchan por lo que quieren.

—¿A todos los hombres? —preguntó con cierta sorna.

—Bueno... Vale... Tal vez no a todos. Solo a los que no somos gilipollas.

Aquella respuesta, tan poco correcta y comedida, le resultó muy graciosa a Alice, que soltó una carcajada muy poco adecuada para una señorita. Iba a contestar con otra frase poco correcta y nada comedida cuando escuchó que alguien subía las escaleras.

—¡Aquí está, señorita Grace! —dijo el príncipe Hemet en cuanto los encontró; parecía

aliviado—. Su madre la lleva buscando un buen rato. —El joven se acercó a la pareja y los miró con cierta suspicacia antes de proseguir—: Señor Fedrose.

—Príncipe Hemet —saludó Luke.

—Muchas gracias por el aperitivo, señor Fedrose —dijo la señorita Grace con una leve inclinación de cabeza, conteniendo una sonrisa al preguntarse qué pensaría su madre si supiese que había hablado con un caballero del que no conocía su apellido y, además, sin la presencia de una tercera persona. Toda una desfachatez—, pero parece que mi madre me reclama.

—Gracias a usted por la compañía y la conversación, señorita Grace. No se sorprenda si, la próxima vez que nos veamos, llevo una falda en lugar de unos pantalones.

Alice emitió una sonora carcajada.

—Me encantará ver eso. Que disfrute de la fiesta.

Y mientras la señorita Alice regresaba al salón de baile junto al príncipe Hemet, no pudo evitar imaginarse con el señor Fedrose, sentados en una acera de la calle, comiendo un bocata, o en la cocina de su casa, asaltando la nevera a las tres de la mañana.

Capítulo 5

Alice había dormido en muchas casas de huéspedes, descansado en decenas de colchones y entre sábanas de todo tipo, algunos más humildes y otros más exquisitos. Por eso, al despertar a la mañana siguiente, pudo asegurar, sin la menor duda, que aquella era la mejor cama en la que había estado en su vida. Un pensamiento que alejó cualquier atisbo de mal genio mañanero y llenó la mente de la joven de la más pura felicidad y paz, las que mantuvo después de que las doncellas acudieran a despertarla y que perduró incluso cuando bajó al encuentro de su madre para desayunar.

—Buenos días, mamá —saludó antes de obsequiarla con un tierno beso en la mejilla—. He dormido de fenomenal.

Casi como si se encontrase en una nube, bordeó con elegancia la mesa hasta sentarse donde le correspondía.

—Buenos días, hija. Me alegra verte de tan buen humor esta mañana. —Si Alice hubiera estado en uso de sus plenas facultades mentales, habría sospechado que algo acontecía. Algo que, con total seguridad, no le haría demasiada gracia—. Yo también he dormido muy bien. —Y la razón de aquella sospecha habría sido que la duquesa estaba exultante—. Hace un día maravilloso, ¿no crees? —Su rostro era una expresión pura de alegría; su sonrisa, tan amplia que unía sus pómulos con una línea perfecta, y su garganta gorjeaba una suave melodía—. Un sueño reparador, después de una noche inolvidable. ¿Te lo pasaste bien? —Con un leve gesto de cabeza, indicó al servicio que podían traer el desayuno—. ¡Yo no había disfrutado tanto en mucho tiempo! No solo por ver esos vestidos, la gente o el ambiente. ¡Sino porque todo parecía sacado del mismísimo 1800! ¡Como viajar al pasado! Aunque lo mejor fue ver cuántos caballeros pusieron su atención en ti.

Aquel último comentario hizo que Alice regresará a la realidad.

—Con respecto a eso... —comenzó a decir.

—¡Incluso el príncipe! —prosiguió la duquesa—. Fuiste la mejor debutante de la noche. Sin ningún tipo de duda.

—Mamá...

—Además, pude cerrar varias citas con algunos caballeros muy distinguidos. Y eso, a pesar de tener una hija que se lanzó contra las bandejas de comida como un animal hambriento.

—¡Es que seguía con hambre! —Por supuesto, la joven no le había revelado a su madre la pequeña escapada de la noche anterior, en la que había conocido a un interesante señor Fedrose mientras saciaba parte de su apetito.

—Menos mal que nadie pareció reparar en tu falta de modales. ¡Y es que hasta la reina se quedó prendada de ti! Seguro que eso te hizo ganar un par de pretendientes extra.

—Vale, mamá, pero...

—Incluso me atrevería a decir que, con un poco de suerte, hoy mismo podríamos tener alguna propuesta de matrimonio sobre la mesa.

La señorita Grace conocía a su madre. Sabía que, en aquel estado de euforia, le sería imposible hablar con ella. Por eso se limitó a hacer lo único que se le ocurrió: esperar, desayunar y aguantarse las ganas de interrumpirla, aunque esto último requirió un gran esfuerzo por su parte. Mientras, la duquesa, sin importarle que el contenido de su taza se enfriase, prosiguió con aquel discurso dedicado a la velada anterior y a los posibles pretendientes de su hija. Cuando se detuvo un instante para hidratar sus labios, Grace aprovechó la oportunidad:

—Mamá, creo que tenemos que hablar de todo esto. Me alegro mucho de que te lo pasaras muy bien anoche y lo disfrutases, pero creo que te estás tomando muy en serio lo de buscarme marido.

—Ese fue el acuerdo al que llegamos —contestó su madre.

—¿Acuerdo?

—Sí. Acuerdo —repitió para darle más firmeza—. Hace unos años me dijiste que, si al cumplir los treinta seguías soltera, me dabas permiso para buscarte un marido.

—Sí. Bueno. Verás, mamá... Es cierto que te dije eso, pero... —Alice era consciente de

que su madre tenía razón. Ella, en un momento que podríamos considerar de debilidad espiritual, accedió a que se le buscara un marido. Aunque jamás pensó que aquel comentario la llevaría a una situación como aquella—. Creo que estás... —Sin darle tiempo a terminar, la duquesa colocó sobre la mesa el mismo documento que había sacado el día anterior—. ¿Dónde lo tenías?

—En la falda. Dispongo de varias copias guardadas. Solo por si acaso —contestó mientras se lo acercaba a su hija—. En este documento, que tú misma redactaste, firmaste y me entregaste, me dabas permiso para buscarte marido si seguías soltera a los treinta años. En dicho documento también añadías que, para conseguirlo, podía servirme de tantas herramientas como considerase oportunas; siempre y cuando fuesen legales y honestas —aclaró su madre.

—Pero esto...

—Aquí está tu firma, la mía, y la de tu hermano como testigo.

Su hermano. Él era el culpable de aquello. Él y varias botellas de vino que, además de provocarle un malestar horrible a la mañana siguiente, dieron como resultado aquel contrato.

—Mamá, eso solo fue una tontería de una noche. Algo que se nos ocurrió en un momento de desamor.

—El cómo surgió me da igual. La cuestión es que todos firmamos este acuerdo y me veo en la obligación de cumplirlo.

La señorita Grace revisó cada palabra de aquel papel y, con cada una de ellas, maldijo a su hermano. Aunque tampoco excluía de aquello a su madre, que parecía encantada con la situación. Al fin y al cabo, muchas mujeres deseaban ver casados a sus hijos y la duquesa disponía de un documento que le daba el privilegio de buscar a su futuro yerno. Y era una oportunidad que no estaba dispuesta a desaprovechar.

Allí mismo, tras comprobar que el contrato no dejaba ni un resquicio para apelar, la señorita Grace estuvo a punto de soltar todo tipo de improperios e insolencias contra su madre, pero la puerta del comedor se abrió justo a tiempo:

—Duquesa. Señorita Grace —saludó uno de los criados—. Acaba de llegar...

—¡Ya estoy aquí! —El señor Edward Grace, sin esperar a ser correctamente anunciado,

irrumpió en el salón con un terno del mismo color azul que sus ojos.

—¡Cuánto me alegro de que estés aquí, hijo mío! —La duquesa corrió a su encuentro.

—Entre amenazas y súplicas, tampoco me diste muchas más opciones, mamá.

—Al fin tenemos un caballero que nos acompañe a los eventos. Sería muy embarazoso que tu hermana y yo tuviéramos que ir solas a todos los sitios. ¿Qué habrían dicho de nosotras?

El joven abrazó a su progenitora, momento que aprovechó para mirar a la otra aludida en aquel comentario, y, ambos, de modo espontáneo, alzaron a la vez y de la misma forma la ceja izquierda mientras fruncían los labios. Nadie podía negar el increíble parecido que había entre ambos, no solo físico, sino también en los gestos.

—Ya estoy aquí, así que no tienes que preocuparte más por esas tonterías —contestó sonriendo con amabilidad al tiempo que interrumpía el abrazo.

El señor Edward siempre había sido mucho más zalamero con su madre que la señorita Alice. En gran parte porque, si lo era, sabía que había más posibilidades de que le dejaran hacer lo que le viniera en gana.

—¡Es fantástico, hijo! Así puedes estar presente cuando vengan los pretendientes de tu hermana, y esta tarde podemos aprovechar que vamos a la modista para pasar por el sastre y encargarte ropa.

—¡Me parece una idea estupenda! He descubierto que este tipo de pantalones me hacen un culo estupendo.

—¡Hijo! ¡No digas eso!

—¿Por qué no?

—El problema —dijo su hermana— es que no se te verá con la chaqueta.

—De eso no tienes que preocuparte. Ya se me ocurrirá alguna excusa para quitármela. —
Le guiñó un ojo.

—Edward, no seas ordinario, por favor. Espero que controles tus modales para cuando vengan los invitados —recreminó la duquesa.

Y lo que comenzó como un comentario inofensivo, encendió una pregunta en la mente de

su hija:

—¿Como que cuando vengan los invitados? ¿Mis pretendientes? ¿Vienen hoy?

En lugar de esperar una respuesta, Alice se aproximó a su madre y cogió el famoso contrato de la mesa. Revisó cada línea, cada palabra y cada signo de aquel papel de nuevo. Varias veces. Lo que llevó un tiempo que, madre e hijo, aprovecharon para ponerse al día y hablar sobre los hombres que mostraron interés por la debutante. Hasta que, media hora después, la señorita Grace puso el trozo de papel sobre la mesa con un fuerte golpe. Debía haber algún hueco legal que invalidara aquel contrato.

—¿Aún sigues con eso? —preguntó la matriarca con un claro tono de aburrimiento tras terminarse el desayuno.

—¡Sí! ¡Porque he encontrado algo!

—Tú misma redactaste ese contrato.

—Lo sé, aunque no entraré a discutir si me encontraba en mis cabales cuando lo hice. — La muchacha deslizó el documento sobre la mesa, hacia su madre—. Como bien dices, en él pone que podrás disponer de cuantos medios veas oportunos para buscarme un marido.

—Siempre y cuando sea legal y honesto —aclaró la duquesa.

Aprovechando que el foco de atención estaba en la conversación, el señorito Edward se acercó para leer aquel papel.

—¡Sí, sí! Y no puedo hacer nada con que estés convencida de que un parque temático ambientado en la Regencia inglesa sea el mejor lugar para encontrarlo —prosiguió la señorita Grace—. Pero lo que no pone por ningún sitio es que yo tenga que decir que sí a los pretendientes que me busques.

—Bueno, hija, tampoco te iba a obligar a casarte con alguien que no quieras.

—¡Bien! Entonces estamos de acuerdo en que puedo negarme. ¿Verdad?

—Puedes negarte al matrimonio, pero no a que yo te presente jóvenes. Y eso incluye tener citas con ellos. Como la primera de la mañana, que no debería tardar mucho en llegar.

Antes de que saliera algo inadecuado de entre sus labios, la muchacha se giró hacia su

hermano.

—¿Qué opinas?

—Que eres muy buena abogada —declaró este devolviéndole aquel papel.

—¡Edu! ¡Céntrate!

—Estoy centrado —contestó el señor Edward con una sonrisa—. A pesar de que llevabas no sé cuántas botellas de vino en vena, lo cierto es que este contrato está muy bien redactado. No dejaste ni un solo resquicio por el que colarse. Deberías subirte el sueldo.

—No me estás ayudando.

Una carcajada resonó por la habitación.

—Me temo, hermanita, que no puedes hacer nada.

Alice había revisado aquel documento sin descanso durante aquella media hora. Incluso había albergado esperanzas de que su hermano encontrase algo que ella hubiera pasado por alto. Pero la realidad era, por desgracia, que su madre tenía razón. No podía negarse.

—Lo tenías todo bien pensado cuando me invitaste a venir a este parque, ¿verdad? —afirmó, dirigiéndose a la duquesa.

—Hasta el más mínimo detalle, cariño —contestó su madre con una sonrisa cargada de satisfacción—. Hasta el más mínimo detalle.

Capítulo 6

Los duques de Grace disponían de un hogar cálido y acogedor al que no le faltaban lujos ni espacio, tampoco un numeroso servicio que hiciera más cómoda la estancia de la familia durante aquellos días. Además de un confortable comedor en el que disfrutar de una elegante mesa, también tenían una adorable sala de té para recibir a sus visitas.

—Está usted arrebatadora —declaró August Redhead después de darle un pequeño sorbo a su taza. El caballero, de excelentes maneras y gran saber estar, llevaba un traje oscuro cuyo corte no le favorecía nada y que tampoco ayudaba a que sus facciones, pálidas y poco agraciadas, se perfilasen más atractivos.

—Lo sé, gracias. Es la tercera vez que me lo dice —repitió, de nuevo, Alice.

Era el cuarto caballero que la visitaba aquella mañana y los modales y la educación de la señorita Grace habían disminuido con cada encuentro.

—Tiene un gusto exquisito, señor Redhead —intercedió la duquesa para intentar animar la conversación—. Seguro que se dedica a algo apasionante.

—No crea no. Solo soy contable.

—Un trabajo tan noble como cualquier otro. Los números siempre me han parecido una pesadez, por eso admiro mucho a las personas que encuentran en ellos su profesión.

—Le agradezco el cumplido, aunque no es para tanto. Mi trabajo es, básicamente, hacer sumas.

—¡No sea modesto! —continuó la duquesa, que no estaba dispuesta a ser vencida por aquella tediosa y aburrida conversación—. Estoy segura de que, gracias a él, usted dispone de una bonita casa.

—Tampoco crea. Comparto piso con cuatro personas.

—Bueno..., es una gran idea. Así comparte con más personas los gastos y puede ahorrar más para tener un buen colchón económico para el futuro.

—Me temo que tampoco es el caso. No cobro demasiado y, lo poco que había conseguido ahorrar, lo he gastado en estas vacaciones.

Aquella conversación no iba a pasar a la historia. Ni siquiera pasaría a ser recordada durante mucho tiempo.

—¡Bueno! ¡Señor Redhead! —intervino Edward Grace, cansado ya de aquella tortura—. Ha sido un placer recibirlo, pero me temo que tenemos otros asuntos que tratar.

Una mirada, seguida de un breve silencio, dejó claro el mensaje.

—¡Oh! ¡Sí! Discúlpeme. No pretendía robarles más tiempo del necesario. —El invitado se puso en pie, seguido de la duquesa, como dictaba el protocolo. Y, no sin una indicación de su madre, Alice también se incorporó—. Entiendo que alguien de su posición y belleza tendrá muchos pretendientes. —El hombre se encogió de hombros y miró al suelo en un gesto algo infantil—. Seguro que el empresario millonario de la temporada ya está detrás de usted.

Aquella última frase revivió la curiosidad de los Grace, muerta a los pocos minutos de que aquel caballero abriese la boca.

—¿Qué quiere decir, señor Redhead? —indagó la duquesa.

—Oh, nada que no se sepa ya, claro. Se dice que hay un caballero esta temporada que es un poderoso y rico empresario. —Ante los ojos curiosos de los anfitriones, y al ver que había llamado la atención de estos por primera vez desde que estaba allí, el señor Redhead aprovechó para continuar—: Alguien que no quiere que se sepa que tiene tanta... «posición». —Cuando dijo aquella palabra, hizo un gesto con la mano, de lo más inapropiado y falto de educación, que hacía referencia al dinero—. Desde luego, no hay que confundirlo con otro de los invitados, de quien se dice que se encuentra arruinado y que ha venido para cambiar su suerte desposándose con una rica joven. Sobre la identidad de ambos corren muchos rumores, claro. Más del primero que del segundo. Que si consiguió su dinero con negocios ilegales; que si todo es gracias a una herencia, a una antigua mujer rica que falleció en extrañas circunstancias, aunque nadie sabe si...

El hombre de la casa, tan agotado como el resto de su familia de aquel tedioso caballero, no pudo contener un suspiro repleto de frustración:

—Una información muy reveladora, señor Redhead. Estoy seguro de que nos dará mucho de qué hablar. Ha sido un placer recibirlo —cortó, acercándose a él para, con un gesto educado, indicarle que era el momento de irse—. Espero que volvamos a coincidir estos días. Y dele recuerdos a su madre de nuestra parte.

Una vez que cruzó el umbral de la sala, Edward Grace cerró las puertas. Ya se encargaría el servicio de acompañarlo a la salida.

—¿Qué te ha parecido, hija? —preguntó la duquesa, emocionada.

—He hecho renovaciones del DNI más interesantes. —La carcajada de su hermano llenó la casa—. ¡Mamá! ¡Por favor! ¿De verdad? —preguntó, indignada.

—Os saldrían unos hijos pelirrojos monísimos.

—Estás de broma, ¿no? —La frase quedó ahogada por una nueva risotada del señor Edward—. ¿Solo me lo has presentado porque te encantaría tener nietos pelirrojos?

—¡Serían tan monos, Alicia! No me digas que no serían una ricura... —Al ver la expresión en el rostro de su hija, la duquesa decidió cambiar de táctica—. Al menos no vivía con su madre, como el segundo que ha venido.

—Ni era un absoluto egocéntrico de cabeza hueca como el primero —recordó su hermano—. Aunque no tenía mal paquete.

—¡Eduardo!

—¡Mamá! —exclamaron a la vez ambos hijos.

—Bueno, parece que esta primera mañana de pretendientes no ha sido tan fructuosa como esperaba —declaró la matriarca—. Pero no hay que preocuparse, porque las cosas, después de hoy, solo pueden mejorar.

—Lo dudo —apostilló su hija.

—Así que id a cambiaros, que nos vamos de compras, que veo que necesitáis mejorar vuestro humor.

—¿Para qué voy a cambiarme? ¿Qué tiene de malo este vestido?

—¡Que ya lo has llevado! No sería digno de la hija de unos duques.

—Eres consciente de que, en realidad, no somos duques, ¿verdad?

—Así que, venga, corred a vuestras habitaciones a ponerlos algo decente para ir al sastre y a la modista.

—¿Yo puedo ponerme también uno de sus vestidos? —preguntó, con malicia, Edward.

—Mucho mejor así, ¿no te parece?

—Era más cómodo el otro.

La duquesa, henchida de orgullo, vio descender por la escalera de la casa a su bellísima hija, que había cambiado un aburrido y sencillo vestido para estar en casa por otro mucho más vivaz, cuya tela era de un precioso verde pistacho y que, junto con algunos adornos y encajes en blanco, resultaba perfecto para una agradable mañana.

—Yo también quiero ribetes y adornos. ¡Los trajes de hombre son muy aburridos! —declaró su hermano, que portaba un sencillo terno en gris claro—. ¿Y los escotes? ¿Y los brazos ceñidos? ¿Dónde están las camisas que dejan transparentar los pezones?

—A veces eres de un vulgar... —declaró la duquesa, que giró sobre sí misma para que apreciaran el bonito vestido en rosa palo que llevaba—. Nunca se sabe cuándo puede aparecer el hombre perfecto.

—Claro, mamá. —La señorita Grace terminó de bajar las escaleras y se encaminó derecha a la salida de la casa—. Como si mi futuro marido fuera a estar detrás de esta puerta...

Y, al hacerlo, se encontró al otro lado a un apuesto joven de ojos celestes y melena oscura.

—Buenos días, señorita Grace.

—¿Príncipe Hemet?

Capítulo 7

No todos los días se tenía la oportunidad de coincidir con la realeza. Eran personas demasiado importantes y con agendas demasiado apretadas como para gastar su preciado tiempo en cosas banales. Por eso, la duquesa no podía creer que uno de sus miembros estuviera en la puerta de su casa:

—¡Mi querido príncipe! —exclamó, henchida de alegría—. ¡Qué agradable sorpresa!

—Veo que estaban saliendo de casa. No pretendía importunarlas...

—¡Usted jamás lo haría! Su presencia siempre es bienvenida. Nos dirigíamos a la modista y al sastre.

—¡Oh! Vaya. —El joven príncipe dibujó una sonrisa en sus preciosos labios—. Pues, si no les resulta inoportuno, podría acompañarlos hasta allí. Es un paseo muy agradable.

Alice fue a abrir la boca, pero su madre se adelantó.

—Será para nosotros un auténtico placer.

Aunque la alegría no duró tanto como la mujer hubiera querido.

—¡Mamá! —se escuchó que gritaba su hijo desde dentro—. ¿Crees que al sastre le molestará que lleve un tanga de leopardo?

La señorita Grace tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no perder las formas. Algo que, por el rictus de su cara, el príncipe también hizo. Por su parte, cuando el señor Edward Grace apareció en la puerta y vio a aquel apuesto invitado, olvidó el comentario tan desafortunado que había hecho.

—Buenos días, señor... —saludó con corrección y formalidad.

—Hemet. Albert Hemet, el príncipe. Buenos días. —Aquel moreno caballero le tendió la mano—. Imagino que será el señor Grace, hijo de los duques de Grace.

—Edward. Puede llamarme Edward.

—Un placer.

Ambos caballeros se observaron. El príncipe Albert con más disimulo y educación que el señor Edward, quien no tuvo el menor pudor en posar su vista en los atributos masculinos del noble ni en intentar adivinar los metros de tela que eran necesarios para cubrir los pectorales del futuro monarca.

La duquesa, ajena a aquel cruce de miradas, decidió intervenir:

—Querido príncipe, ¿por qué no se adelanta con Alice unos metros? Mi hijo y yo los seguiremos de cerca.

—Y tan de cerca... —susurró el joven Grace.

Como se esperaba de alguien de su posición, el príncipe Hemet ofreció su brazo a la señorita Grace para empezar el paseo.

—Hace una mañana exquisita, ¿no le parece? —preguntó él mientras se alejaban de la casa hacia su destino.

—Sí, así es. —Pero añadió en un susurro—: Aunque, lo que de verdad sería exquisito, sería un buen chuletón.

—¿Decía algo?

—¡No! Nada. Solo le daba la razón con respecto al tiempo. Hace un sol maravilloso.

. Su acompañante, para aquella ocasión, había escogido un sencillo traje en un morado berenjena. Le quedaba como un guante, y la señorita Grace apreció que, comparado con el de la noche anterior, este se le ceñía un poco más a la anatomía. Una esbelta y fantástica anatomía que seguro que su hermano disfrutaba desde la retaguardia.

—Ha sido una agradable sorpresa encontrarlas saliendo de casa. Solo había venido para saber si se han acomodado bien o si echan en falta algo.

—Todo es exquisito —contestó ella metida en su papel—. He dormido mejor aquí que en mi propia cama.

—Me alegra escuchar eso. Ustedes son unas invitadas muy especiales para nosotros.

La señorita Grace no se creyó aquel comentario, o al menos no del todo. Aquella mañana el príncipe parecía algo distraído, como si buscara algo a su alrededor.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la joven.

—Sí, sí. Perfectamente. Solo me preguntaba si las veremos en el baile de esta noche.

—No sabía que hubiera un baile...

—No nos lo perderíamos por nada del mundo —contestó la duquesa, que caminaba del brazo de su hijo un par de metros detrás.

—Me alegra oírlo. —El príncipe se giró y posó la mirada en los ojos del señor Grace en lugar de sobre la matriarca—. Su presencia será un regalo —prosiguió, al tiempo que se volvía a girar para mirar al frente—. Mi madre está muy contenta de tenerlas esta temporada. Cuando vio que se unirían a nosotros... Bueno, su alegría fue evidente. No todas las temporadas se puede contar con una familia tan prestigiosa y distinguida como la suya. —Escuchar aquella frase solo ratificó la opinión de Alice sobre que su padre se había dejado una fortuna en aquel lugar—. Debo confesar que a la reina le agradó mucho su compañía la otra noche y espera volver a disfrutar de ella en el baile de hoy. Será algo más informal que el evento de anoche.

—¿Qué quiere decir, con más informal? —quiso saber Alice.

Tenía que confesar —aunque para ella misma—, que ir por la calle del brazo del príncipe Hemet era una delicia. Se trataba de un caballero galante, atento y, sin que hubiese el menor resquicio de duda, apuesto. ¿Algo más joven de lo que a la señorita Grace le habría gustado? Tal vez, pero eso no hacía desmerecer el resto del conjunto. No le pasaron desapercibidas las miradas que les echaban el resto de los transeúntes, así como la envidia que relucía en algunos de aquellos ojos.

—En esta ocasión —reanudó el caballero—, la etiqueta es algo más laxa: no es necesario que las debutantes vistan de blanco: cualquier dama es libre de escoger el color de su vestido, siempre y cuando sea adecuado con la temática y la moda de la época. Los caballeros, en ese sentido, lo tenemos mucho más sencillo.

—Aunque siempre es posible innovar —apostilló el señor Grace en un tono que sonó repleto de dobles intenciones—, ¿no cree, alteza?

—Sí, claro, por supuesto. —Se giró para mirar al chico, tal vez más tiempo del necesario,

antes de volver la vista al frente—. Hay caballeros que pueden usar colores más atrevidos que otros; aun así, la mayoría seguro que se decantan por el negro. Me temo que serán ellos quienes tomen la iniciativa como dicta el periodo histórico.

—¿Y podemos invitar a bailar a quien queramos, príncipe? —De nuevo, aquel tono pícaro en la forma de hablar del hijo de la duquesa.

—A quien quiera —puntualizó justo cuando se detuvo—. ¿Tiene a alguien en mente, señor Grace?

Aquella pregunta llamó la atención de la señorita Grace: habría jurado que, en la velada anterior, su madre había revelado al príncipe que su hermano lo había dejado con su novio, por lo que podía concluir que no estaba muy interesado en buscar compañía femenina.

—Es posible.

A Alice no le hizo falta girarse para saber qué expresión puso su hermano al decir aquello. Estaba convencida de que un león contemplando un buen filete y Edward no distaban mucho en aquel momento.

—Le deseo suerte, entonces. Espero que sea correspondido.

—Yo también lo espero, príncipe.

Aquella última palabra estaba cargada de más intenciones de lo que podría parecer, aunque nadie lo comentó.

—Me temo que ya hemos llegado —declaró el príncipe.

A su lado se levantaba un pequeño edificio de una planta y techos altos. Sencillo, de fachada blanca y adornos en un suave azul crema, lo único que destacaba era el cartel en el que se leía «Costura Real».

—Los duques de Grace solo pueden aspirar a lo mejor —continuó su anfitrión—, y esta es la mejor modista de la zona. Solo cabe la excelencia entre sus diseños. El sastre se encuentra un poco más adelante.

—¿Sí? Yo necesito unos modelitos —volvió a participar el señor Grace—, ¿por qué no me acompaña?

—Bueno, la verdad es que sería un placer seguir acompañándolo; digo..., acompañándolos —contestó el monarca con un leve carraspeo—, pero me temo que mis obligaciones me requieren.

—Ha sido todo un placer disfrutar de su compañía en este agradable paseo —añadió la duquesa—, aun así, no queremos robarle más de su preciado tiempo.

—El placer ha sido mío —contestó el príncipe—. Espero que disfruten de las compras, los veré esta noche en el baile. Duquesa. Alice —saludó con una leve inclinación de cabeza—. Señor Grace.

—Allí estaremos.

A la señorita no le pasó desapercibida la forma en que la miró al despedirse; ni tampoco la manera en que miró a su hermano. Un gesto que le pasó desapercibido a la duquesa, más centrada en otras cuestiones:

—¡Madre mía! ¡Qué bien hemos empezado! —declaró la mujer, emocionada, colocándose al lado de su hija—. Sabía que anoche causaste una gran sensación. Incluso me atrevería a decir que eras la mejor señorita de cuantas se presentaron en sociedad. Pero ¿esto? ¿Las atenciones del mismísimo príncipe? ¡Ni en mis mejores sueños!

—¿Qué ha sido eso? —le susurró la señorita Grace a su hermano.

—¿El qué? —contestó este. Su madre, que continuaba con aquel monólogo lleno de citas con velas, cenas ostentosas y una gran boda, no se percató de aquella conversación.

—Esa miradita.

—¿Qué miradita?

—No te hagas la estrecha conmigo, Edu.

—Sabes que nunca he sido una estrecha.

—Lo sé. Yo y todos los vecinos del edificio cuando vivíamos juntos. ¿Me vas a contestar o no?

—¿Qué quieres saber? ¿Uno no puede mirar a un hombre apuesto?

—Tengo mis dudas sobre si es lo más adecuado; en especial si ese hombre intenta

conquistar a tu hermana.

—¿Crees que está detrás de ti?

—Mamá lo cree.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó esta, que volvió a la realidad al escuchar que hablaban de ella.

—Nada —contestaron ambos hermanos a la vez.

—¡Pues os iba diciendo! Una boda íntima, tal vez aquí, en el parque. Y, con un poco de suerte, me daréis nietos pronto. Nada, unos pocos, con media docena creo que sería suficiente...

—Mamá, respira. Solo ha venido a vernos.

—¡A vernos y a saber si iríamos al baile! Eso quiere decir que querrá apuntarse en tu carnet.

—¿En mi carnet?

—¡Sí, hija! ¡Tu carnet de baile! Lo llevan todas las señoritas, y los caballeros que quieran bailar con ellas deben apuntarse.

Su hija fue a replicar cuando, en la acera de enfrente, vio algo que captó su atención: el señor Henry Suns.

Se encontraba sentado en la terraza de un coqueto café situado al otro lado de la calle, leyendo un periódico. Vestía un traje de tres piezas gris claro, discreto, confeccionado para que su dueño pasase desapercibido, siempre que este no midiera metro ochenta y cinco y tuviese semejante envergadura física: cada una de las madres e hijas que pasaban por los alrededores eran incapaces de desviar la mirada de él. Algo en lo que también cayó presa la señorita Grace. Y, como si se tratase de los pétalos de una flor, dispuestos a entrelazarse, el señor Suns alzó la mirada para encontrarse con sus ojos. Unas sonrisas gemelas se dibujaron en sus rostros y, con una leve inclinación de cabeza, el caballero saludó a la dama.

—¡Hija! ¿Me estás escuchando? —preguntó la duquesa.

—Sí, sí. Media docena de hijos...

Al girarse vio que su madre y su hermano ya estaban en el umbral de la puerta de la

modista. Y con la sensación de tener los ojos del señor Suns fijos en su nuca, la joven entró en el establecimiento mientras contenía un suspiro.

Capítulo 8

El interior del establecimiento era una fantasía hecha realidad: sedas, encajes, tules, muselinas, perlas, algodones, joyas, organzas, terciopelos, plumas... Había coloridas flores hechas de tela, bordados tan exquisitos que daba reparo rozarlos, zapatos que resultaban obras de arte en miniatura, tocados que estaban a la altura de las mismísimas divinidades... No sería una exageración decir que, en aquella tienda, se podía encontrar todo lo necesario para crear el más distinguido de los vestidos, lo que representaba el sueño de cualquier madre e hija. De cualquier hija que no fuera la señorita Grace, claro, ya que ella no se dejó cegar por aquellas riquezas textiles, obnubilada como estaba con la imagen del señor Suns aún fija en su memoria; aunque tuvo que reconocer, al menos para sí misma, que una tela color cereza con un bellissimo estampado sí llamó su atención.

—¿No te parece increíble, hija? —preguntó la duquesa. Su expresión era la misma que habría tenido una niña pequeña en una juguetería.

—Oh, sí, una maravilla —contestó esta sin mucho interés.

El establecimiento estaba repleto de género que cubría las paredes y llenaba expositores y muebles. Aun así, el lugar era tan amplio, alto y espacioso que en ningún momento daba la sensación de agobio o estrechez. Lo único que delimitaba un poco el espacio era unos largos cortinajes que dividían la estancia en salas más íntimas.

—Buenos días —saludó una de las dependientas con una eterna sonrisa en los labios—. Bienvenidos a Real Costura, el lugar donde toda mujer es una reina.

Los hermanos Grace se miraron al escuchar aquella última frase: ella, con sopor, y él, con malicia.

—Muchas gracias. Soy la duquesa de Grace y venía a encargar unos vestidos para mí y mi hija.

Antes de que pudiera haber respuesta, uno de los cortinajes se retiró para dejar a la vista a

la mismísima reina.

—¡Querida duquesa! ¡Qué agradable coincidencia!

Las mujeres se saludaron con una mezcla entre lo que dictaba el protocolo real y lo que dictaba una buena amistad. Un gesto carente de interés para la señorita Grace, pues se había percatado de que la persona que estaba junto a la reina en aquel reservado no era otra que el particular señor Luke Fedrose, quien, al posar su vista sobre la joven, realizó una reverencia como si llevase una falda.

Una sonrisa divertida se dibujó en el rostro de la debutante.

El señor Grace, testigo de su reacción, la empujó con sutileza para que se acercase al caballero y que él, con su envergadura, se interpusiera entre los asuntos de su hermana y la cotilla de su madre. No es que fuera muy necesario, ya que la duquesa parecía haberse olvidado de su prole y solo tenía atenciones para la monarca.

—¿Buscando una falda? —preguntó Alice al acercarse al caballero.

—¿Tan evidente es? —Llevaba un sencillo traje azul marino que destacaba poco entre aquella riqueza de materiales. Aunque, para destacar, ya estaba aquel aspecto despeinado tan definitorio del señor Fedrose—. Buscaba algo que pegase con mis ojos.

Aquellos profundos pozos negros se posaron sobre los claros lagos azules de Alice, lo que provocó que un rápido escalofrío recorriera su espalda. Y es que, debajo de la relajada educación que había mostrado el caballero o de su estilo descuidado, era innegable que Luke Fedrose era un hombre apuesto.

—¿Qué hace por aquí? —preguntó ella, que intentó serenarse—. No es muy habitual ver a un caballero en una modista.

—Me considero un hombre poco convencional, así que me tomaré su comentario como un cumplido. Imagino que usted ha venido para ampliar su armario.

—El mío y el de mi madre —aclaró con cierta pesadez—. Parece que tenemos muchos eventos y fiestas a los que asistir. Luego iremos al sastre para hacer lo propio con mi hermano.

—Yo vengo de allí. Dígame de mi parte que le asignen el probador número dos. Es el más

amplio.

—Se lo diré.

—¿Asumo que irán al baile de esta noche?

—Asume usted bien. Mi madre no nos dejaría faltar ni aunque estuviéramos agonizando en la cama.

—Lógico, ¿no? —El señor Fedrose bajó un poco el tono de voz—. Con lo que hay que pagar para venir a este parque, como para perderse algún evento.

A otra señorita, aquel comentario le habría parecido de mal gusto o incluso ofensivo, pero ya ha quedado constancia, en varias ocasiones, de que Alice Grace no era como el resto de las señoritas y, ante esta frase, una suave carcajada se escapó de entre sus labios.

—Y a eso hay que añadir los vestidos —contestó ella—. Desde luego, mi padre va a pagar caro no haber venido. Literalmente.

En aquella ocasión fueron los labios del señor Fedrose los que dejaron salir una carcajada.

—Tendrá que abastecerse bien para lo que tenemos por delante. Sobre todo, para la fiesta al revés. —La expresión de la señorita Grace dejó claro que no sabía qué quería decir—. En el último baile de la temporada, son las damas las que invitan a bailar a los caballeros y no al contrario. Y, para una ocasión tan especial, me han dicho que el código de vestimenta se relaja un poco.

—Es bueno saberlo.

—¿Puedo decirle algo? —Ante la pregunta, ella asintió y él, acercándose un poco más, le susurró—: Debo confesarme contigo..., digo, con usted, señorita Grace. —La joven no supo qué la hizo volver a sentir un escalofrío en la espalda, ni la razón por la que se le arrebolaron las mejillas: tal vez la cadencia de su voz, aquel tono que entremezclaba el misterio con la naturalidad, o que el señor Fedrose tuviese una belleza que se acrecentaba con cada mirada.

—¿Sí? Dígame —logró decir sin conseguir apartar la vista de unos labios que, aunque inadvertidos para ella hasta el momento, resultaban de lo más embriagadores.

—No sé bailar. Ni con falda, ni sin ella.

Aquella frase, con la consecuente broma, hizo que la joven Grace sonriera con un leve espasmo. Porque no era lo que ella esperaba, pero era innegable que el señor Luke Fedrose estaba logrando lo que pocos caballeros habían conseguido hasta la fecha: hacerla sonreír.

—Puede estar tranquilo —respondió ella—. Su secreto está a salvo conmigo.

Ambos se separaron y el silencio los hizo girarse para comprobar que ambos eran el centro de atención de la reina y la duquesa.

—Querido señor Fedrose —dijo la monarca—, no estará usted entablando una conversación con una debutante sin supervisión, ¿verdad?

—¡Oh! ¡Claro que no! —salió en su ayuda el señor Grace—. Yo no he perdido detalle de lo que ocurría entre mi hermana y este hombre. Le aseguro que he contado cada una de las palabras que han salido de entre sus labios y ni una de ellas debe preocuparla lo más mínimo.

Alice era consciente del efecto que causaba la sonrisa de su hermano en los demás, y muestra de ello fue ver cómo la dueña de aquel complejo pareció relajarse tras escucharle.

—¡Oh! ¡Mi querido señor Fedrose! Cuánto me alegro de que conozca ya a la señorita Grace. Es la debutante más prometedora de esta temporada —continuó la mujer, acercándose a la pareja—. Pero me temo que aún necesito disponer de la compañía del caballero durante un poco más de tiempo, ¿verdad?

—Así es, mi querida reina —asintió él—. Duquesa. Señor Grace. Señorita Grace. —Acompañó cada apelativo de una ligera inclinación de cabeza—. Perdónenme por robarles parte de su mañana. Espero poder coincidir con ustedes esta noche en el baile.

Tras las despedidas protocolarias, los Grace vieron partir a la reina y al señor Fedrose, no sin antes percatarse de cómo ambos echaban una última mirada analítica al local.

—Primero, los pretendientes en casa. Luego el príncipe. Ahora la reina, acompañada de ese caballero tan galante. ¿He dicho ya la mañana más maravillosa que estamos teniendo? —preguntó la duquesa.

—Sí, mamá —contestaron los hermanos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el señor Grace al ver que su madre se alejaba unos metros para ver telas.

—¿Qué ha sido el qué? —Alice se hizo la inocente.

—No me tomes el pelo, Ali. Que te conozco para saber cuándo un tío te pone cachonda perdida.

—Que tú no puedas controlar tus impulsos no quiere decir que el resto no lo hagamos.

Como respuesta recibió una estrambótica carcajada.

—Di lo que quieras, pero el tío de fuera y este hacen que se te mojen las bragas.

—Qué bruto eres cuando quieres —contestó ella, también con una carcajada.

—Sí, sí, di lo que quieras. Pero, yo que tú, buscaría un vestido de la hostia en este sitio y les dejaría claro que tú eres el premio gordo de este parque.

—¿Qué cuchicheáis? —preguntó la duquesa tras acercarse a sus hijos.

—Tonterías, mamá —salió al paso el señor Grace, agarrándose al brazo de su madre—. ¿Y cuántos vestidos has dicho que necesitamos?

—¡Todos los que sean necesarios!

Con aquella última frase en mente, Alice fijó los ojos en la tela cereza que había llamado su atención... Y una idea brotó en su cabeza.

Capítulo 9

Una pequeña orquesta amenizaba el baile aquella noche. Ocho músicos interpretaban diferentes piezas que hacían moverse a los asistentes, tanto a los solteros como a los casados, con una precisión y coordinación casi perfectas.

—¿Esto tiene coreografía? —preguntó Alice sin dar crédito a lo que veía.

—Claro que sí, cariño. Cada canción tiene su propio baile. Venía en el folleto que te mandé hace meses. —El cual, la joven, jamás había mirado—. Junto a un enlace a diferentes vídeos donde venían los pasos. ¿Los viste?

—¡Mamá! ¡Por favor! —Su tono no dio una respuesta clara a la pregunta de la duquesa.

El lugar del baile era el mismo que el del evento de la noche anterior, aunque la decoración era tan diferente que parecía otro: adornos, flores, centros de mesa, estatuas, jarrones, alfombras y cortinajes blancos habían sido sustituidos por los mismos elementos, pero en colores más cálidos y acogedores.

—Unos vídeos muy interesantes —declaró su hijo.

—¿Los has visto?

—Claro que sí, hermanita. Había que venir preparado a estas vacaciones. Todo por nuestra querida madre.

—Después de escuchar eso, creo que voy a vomitar.

—¡Ahí está la marquesa de Férez! —dijo la duquesa, emocionada—. Iré a saludarla. ¿Me haríais el favor de conseguirme algo de beber? Gracias. —Y, con rapidez y elegancia, la mujer se alejó de sus dos hijos sin prestarles más atención.

—¿De verdad te has visto esos vídeos? —interrogó la señorita Grace a su hermano.

—¡Pues claro que no! Pero eso mamá no tiene por qué saberlo.

—¿Y qué vas a hacer cuando te saquen a bailar?

—¿No te acuerdas de lo que dijo mamá sobre los carnets de baile? —Ella negó con la

cabeza—. Y las normas sociales de este periodo tampoco te las leíste, ¿verdad?

—Si venían en los cientos de correos que nos mandó, puedes estar seguro de que no.

—En ellos se explicaba, entre otras cosas, que son los hombres quienes toman la iniciativa para bailar con las mujeres; los que tienen que apuntarse en el carnet de baile de ellas. Así que, mientras no se lo pida a nadie, no tendré que salir a hacer el ridículo.

—¡Ah! Sí. ¡Es verdad! Algo me sonaba de alguna película o serie que he visto de la época. Pero en el baile al revés se cambia esa norma y somos nosotras las que tomamos la iniciativa. Incluso podemos vestir un poco diferente.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de la muchacha, llena de picardía y de misterio, obligaron a su hermano a preguntar:

—¿De eso cuchicheabas hoy con el interesante señor Fedrose?

—Una dama jamás revela sus secretos —recalcó ella con cierto toque de indignación en la voz.

—¿O fue con una de las dependientas cuando le enseñaste esa tela roja tan bonita? —El silencio de su hermana fue la única respuesta que obtuvo—. Al menos espero que, lo que andes tramando con la modista, sea de mejor gusto que lo que llevo puesto.

—Eso te pasa por dejar que mamá escoja por ti.

—¡Claro, maja! Qué fácil es decirlo. Tu vestido no es, ni de lejos, tan horrible como el traje que ha escogido para mí.

La duquesa, para dejar patente que los tres eran familia, había decidido que todos vistieran de verde lima: liso y sencillo para la matriarca, con un brocado blanco asimétrico para su hija y, para su hijo, pantalones y corbatín en ese color.

—¡Es un tono horrible! —se defendió el muchacho—. Lo único que lo salva es que me hace un culo increíble, pero nadie lo verá gracias a la chaqueta.

—¿Eres consciente de que, cada vez que hablas de pantalones, siempre dices que te hacen un culo increíble? —Él asintió sin el menor tipo de vergüenza—. La cuestión es: ¿ves a alguien que quieras que se fije en tu culo?

—Pues la verdad es que, el que está al otro lado del salón y no te quita los ojos de encima, no tiene mala pinta. —A la señorita Grace se le atragantó algo cuando se percató de quién se trataba—. ¿Lo conoces?

El señor Suns, con calma y educación, se disculpó con las personas con las que hablaba y comenzó a acercarse.

—He coincidido con él un par de veces, pero apenas hemos cruzado más de cuatro frases.

—Bueno, por mucho menos se organizaban matrimonios en esta época. ¿No tendrá un hermano gemelo por un casual?

Alice tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para que no se le escapase una carcajada de entre los labios. Algo que habría sido de lo más inadecuado, ya que, en ese momento, el caballero llegó hasta ellos:

—Buenas noches, señorita Grace. Es un placer verla esta noche.

—Buenas noches, señor Suns. Permita que le presente a mi hermano: Edward Grace, este es el señor Henry Suns.

—Es todo un placer.

—El placer es mío —contestó el señor Grace con cierto tono sugerente. Nadie podía culparlo: aquel caballero se había puesto el corbatín a juego con sus increíbles ojos azules, lo que hacía aún más difícil dejar de contemplarlos—. Espero que se haya acercado para pedirle bailar a mi hermana. Sería una lástima no ver ese cuerpo en la pista —terminó, sin perder aquel deje de voz.

Con un movimiento discreto, aunque del todo inadecuado para una dama, el codo de ella terminó en las costillas de su hermano.

—Opino lo mismo. Está preciosa con ese vestido.

—Sí, aunque no me refería a ella —comentó con un susurro.

—Perdón, ¿decía?

—Que estoy deseando verla bailar con usted. Mi hermana es una fantástica bailarina. — Lo que obtuvo el señor Edward en aquella ocasión no fue un codazo, sino un pisotón en mitad

del pie.

—Entonces, será un placer para mí invitarla. Me apuntaré ahora mismo en su carnet. — Con un gesto que solo se podía definir como de absoluta caballerosidad y elegancia, el señor Suns buscó con sus dedos el brazo de la joven Alice, quien sintió un leve espasmo cuando sus yemas, calientes y firmes, rozaron la delicada piel de su muñeca—. ¿Dónde lo tiene?

—¿El qué? —preguntó mientras sentía un suave cosquilleo que ascendía por sus brazos.

—El carnet. Todas las damas lo llevan colgado a modo de pulsera.

Casi como si hubiera estado escuchando la conversación, de improviso, apareció la duquesa.

—Hijos míos, ¿lo estáis pasando bien? ¡Y señor Suns! Es un gusto volver a verlo. ¿Venía a apuntarse en el carnet de mi querida Alice? —Con un gesto rápido, le tendió un pequeño librito al caballero junto con un lápiz.

—Justo de eso hablábamos, duquesa. —Al abrir el cuaderno, las cejas del caballero se alzaron—. Vaya, es usted una mujer muy requerida esta noche. Espero que, cuando sea mi turno, no se encuentre demasiado cansada. —Una vez apuntado, iba a devolverle el carnet a la duquesa, pero su hija lo interceptó para comprobar que ya había media docena de nombres anotados—. Esperaré, paciente, mi turno. Mientras tanto, disfruten de la velada. Duquesa. Señor Grace. Señorita Grace.

El caballero realizó una ligera reverencia, fijando su vista sobre Alice más tiempo de lo que el decoro creía necesario, para después alejarse de la familia.

—¿Qué? ¡Mamá! ¿Qué has hecho? —Alzó la joven el carnet.

—Lo que haría cualquier otra madre en mi lugar.

—¿Llevar de vacaciones a su hija a un parque temático ambientado en la regencia inglesa para presentarle hombres desconocidos que quieran ser su novio? —preguntó, no sin cierta sorna, la muchacha.

—Bueno, vale, a lo mejor cualquier otra madre... ¡Pero sí la gran mayoría!

La señorita Grace iba a rebatirle cuando un hombre se acercó a ella:

—Buenas noches. Duquesa. Señorita Grace. Creo que soy el primero en bailar con usted.
—El caballero, con una flamante sonrisa, ofreció su mano a la joven.

—Buenas noches, señor Adler —saludó ella con una boca apretada. Se trataba de uno de los pretendientes de aquella mañana—. Sí. Claro. Parece que el primer baile será todo suyo —contestó al mismo tiempo que lo acompañaba a la pista—. ¿Qué tal su madre? ¿Sigue sin prisa porque se vaya de su casa y que se independice?

Otra dama habría puesto buena cara y mostrado una educación exquisita ante una pareja que no despertaba en ella el más mínimo interés; incluso se habría esforzado en lo posible para, aun sin saberse los pasos, disimular y aparentar cierta gracilidad en sus movimientos. No fue el caso de Alice, que dejó constancia de que no solo era desconocedora de la coreografía, sino que tampoco tenía reparos en pisar a su acompañante las veces que fueran necesarias.

—Ha... ha sido un... placer, señorita Grace —dijo el pobre hombre, que cojeaba con ambas piernas.

—Lo dudo bastante, señor Adler, pero le agradezco su perseverancia.

Con un rostro cándido y dulce, la hija de la duquesa esperó a su siguiente pareja, que no llegó. Ni el siguiente. Ni el siguiente.

—Parece que ya es mi turno. —Aquel sonido fue como una suave pluma acariciando el cuello de la joven.

El señor Suns estaba al lado de ella. Hizo una leve reverencia y tendió su mano. Un gesto de lo más habitual, que, unido a aquellos preciosos ojos celestes, aquellas largas pestañas y aquella sonrisa, se convertía en un gesto al que nadie podía negarse. Por eso Alice aceptó la invitación casi sin darse cuenta.

—¿Usted sabe bailar? —preguntó, algo aterrada, mientras se veía conducida al centro de la pista. Porque una cosa era moverse con la intención de pisar a tu acompañante o hacerlo tropezar, pero otra muy diferente era intentar hacerlo bien.

—Lo justo. —Aquel caballero debió captar su inseguridad, porque añadió—: No se preocupe. Son siempre los mismos tres pasos. Yo la llevaré.

Y así fue. El señor Suns guio a su acompañante sin el menor problema. Le bastaba una ligera mirada a un lado o un suave toque en la cintura; eso era todo lo que ella necesitaba para saber hacia dónde tenía que moverse.

—¿Se ha visto muchas veces los vídeos de cómo bailar esto? —preguntó ella.

—Lo justo —repitió él al mismo tiempo que giraba a su alrededor.

—Entonces, debe tener un don para la danza.

—Es usted muy generosa. Aunque, como ha podido comprobar, los pasos son muy sencillos.

—Siempre y cuando tenga a alguien que le guíe.

Más giros. Más pasos. Más movimientos de manos. Y con cada uno de ellos, los ojos de la señorita Grace se dirigían a los del caballero sin poder evitarlo. Aquellos flamantes y azules ojos, de largas pestañas y mirada embriagadora, parecían brillar con una suave chispa cada vez que las manos del señor Suns rozaban el cuerpo de su acompañante. Con aquellas atenciones, nuestra querida Alice se sintió la dama más afortunada de la noche.

—Es usted una excelente bailarina —declaró él cuando terminó la pieza.

—Y usted un excelente mentiroso.

—¿Sería muy atrevido pedirle otro baile más adelante?

—Lo sería, pero se lo concedería igualmente —contestó ella con una sonrisa pícara en los labios.

—Que así sea, entonces. Disfrute de la velada en mi ausencia.

El señor Suns le ofreció un suave beso en el dorso de la mano y, con una inclinación de cabeza, se alejó para sumergirse en el resto de los invitados, quienes, sobre todo las invitadas, no le quitaban los ojos de encima.

Capítulo 10

La joven Grace, con una sonrisa anclada en los labios, regresó a la realidad al mismo tiempo que veía alejarse a su pareja de baile. Un ligero desconcierto la asaltó cuando, al mirar, comprobó que no estaba cerca ni de su madre ni de su hermano. Con tanto giro y tanta vuelta, había ido a parar a la otra punta del salón.

Otra dama en su situación habría caminado azorada en busca de sus familiares, ya que encontrar a una joven soltera y sin acompañante resultaba de lo más inadecuado e inoportuno. Pero aquella dama no sintió eso, sino todo lo contrario: libertad. Alejada de la presencia de su madre y de los comentarios burlones de su hermano, de pretendientes aburridos, de sonrisas forzadas y de amaneramientos que le resultaban extraños. Por esto, aunque caminó hacia donde debían encontrarse, no lo hizo con presteza, sino con la calma de alguien que pasea por un parque y que no tiene prisa por llegar a casa. De esta forma pudo observar que la gran mayoría de los invitados en edad casadera se encontraban en la pista de baile, exhibiendo sus mejores sonrisas, movimientos y alabanzas hacia sus parejas —mientras, algunos, parecían observarla desde la distancia—, pero sin perder del todo de vista al resto de los pretendientes. Los demás invitados, personas que superaban cierta edad y de rostros experimentados, se encontraban en los laterales del salón, disfrutando de una copa y de algún que otro...

—¿Canapés? —dijo Alice al darse cuenta de que estaban comiendo—. ¿Han sacado ya la cena?

Guiada por su nariz, y no por su raciocinio, la joven olfateó el aire como si de un perro en una cacería se tratase. Algo muy poco adecuado para una señorita de su posición y que causó conmoción en las personas que presenciaron tal comportamiento, aunque carecía de importancia, ya que su objetivo estaba claro:

—¡Comida! —exclamó al localizar un solitario canapé sobre una limpia bandeja.

Con la velocidad de un sabueso que se cierne sobre su presa, la señorita Grace acortó la

distancia que la separaba de su premio con rápidas zancadas y justo alargaba la mano para conseguir su objetivo cuando alguien se lo arrebató delante de sus narices.

—Muy lenta.

Allí, con la cabeza despeinada y mirándola con ojos infantiles, estaba el señor Luke Fedrose.

—¡Oye! ¡Que lo había visto yo primero!

—Cierto. Pero la cuestión no es quién lo ve, sino quién lo coge. —Una sonrisa, con cierta picardía, se depositó unos segundos en la expresión del hombre, para adquirir calidez a los pocos instantes—. ¿Se lo está pasando bien esta noche, señorita Grace?

—No me puedo quejar, señor Fedrose. ¿Y usted?

—Sin más. Me encantaría estar fuera para admirar el edificio, pero creo que no sería propio de un caballero. Antes de venir aquí me leí las novelas que encontré de la época para documentarme un poco, por lo que creo que se espera que socialice con otros invitados. En todas había siempre algún escándalo o algo parecido, y deseaba encontrar algo así, aunque me temo que no he tenido suerte: esto me está resultando... soso si lo comparamos con los sucesos de esas historias.

—¡Uh! Es que hay algunos muy buenos —añadió la señorita Grace, emocionada.

—Los enamorados de distintas clases sociales.

—Personas que pasan de odiarse a amarse.

—Matrimonios concertados cuando aman a otra persona.

—Embarazos fuera del matrimonio. ¡Oh! —exclamó de pronto la joven—. ¡Yo he escuchado algo sobre eso! Y cosas bastante jugosas, por cierto.

—¡Uh! ¡Este baile mejora! —añadió el señor Fedrose en un tono de misterio—. ¿Qué chismorreos tienes?

—Pues, verás... —dijo acercándose un poco más a él al mismo tiempo que bajaba el tono—. Me han dicho que uno de los invitados ganó un sorteo y que está aquí sin haber pagado nada. —Por la cara que puso su acompañante, la información no lo sorprendió mucho, de manera que

continuó—: He oído que hay un rico empresario en el parque. De esos que usan billetes de cincuenta para limpiarse el tomate de los espaguetis. —Alice se detuvo, pero la mirada de él y el modo en que arqueó una ceja la hicieron proseguir—: ¿Qué? ¿No me crees?

—¿En serio alguien que tiene billetes de cincuenta como servilletas va a comer espaguetis con tomate? —Su tono pasó de ser escéptico a cómico.

—¡Bueno, vale! Esa parte me la he inventado para darle un poco más de vidilla al cotilleo, pero que hay un empresario forrado por aquí es verdad.

—Yo tengo algunos mejores. —El señor Fedrose miró a su acompañante con una enigmática sonrisa. Con un leve gesto le pidió que se acercase un poco más—. He oído que alguien quiere dejar embarazada a alguna de las chicas. La razón sería forzar un matrimonio y así acceder a la fortuna y posición de ella. Pero eso no es todo, ya que también he oído que alguien está robando joyas de las casas.

La señorita Grace, al escuchar aquello, abrió los ojos y la boca, algo muy poco adecuado para alguien como ella.

—¿Crees que podría ser la misma persona?

—Desde luego. No me cabe ningún tipo de duda. Lo que me pregunto es cómo ha podido pagar la entrada al parque alguien que no tiene dinero.

—A lo mejor era el único dinero que le quedaba. O lo ha pedido prestado. ¡A su camello! ¡Y este le reclama intereses altísimos y por eso necesita entrar en una buena familia! Pero, como lo del embarazo no va como quiere, se ha visto obligado a robar joyas.

—¿Más datos para darle vidilla? —La miró con escepticismo.

—¿Se ha notado mucho?

—Lo justo.

Ambos rieron con complicidad. Divertidos. Por aquel breve periodo de tiempo, Alice se había olvidado del baile, del contrato con su madre, del resto de los pretendientes, de sus labores, de sus obligaciones...

Hasta que un leve carraspeo del señor Fedrose la hizo volver al presente y se dio cuenta

de que la gente a su alrededor no dejaba de observarlos; algunos con más discreción que otros, pero todos con una clara expresión de extrañeza. Era lógico: aquel particular dúo, ambos jóvenes solteros y sin carabinas, se encontraban demasiado cerca y susurrándose secretos. Algo para nada conveniente.

—Creo que deberíamos cambiar de tema —propuso la señorita Grace conteniendo la risa. Se alejó unos pasos de su acompañante y concentró su atención en la pista—. ¿Y le ha dado tiempo a ver los tutoriales sobre cómo hay que bailar?

—¿Había tutoriales? —preguntó él con una clara expresión de sorpresa—. No tenía ni idea. De todas formas, no se me da bien bailar, ya se lo dije.

—Lo sé. —La señorita Grace lo miró de una manera que no le gustó nada—. Pero creo que hoy es el momento perfecto para empezar a mejorar.

—¿Qué?

—Lo que oye. Para esta dama sería un placer ser su pareja en el próximo baile —dijo elevando el tono de voz.

—¿De qué habla?

—¡Claro! No hace falta usted que insista.

Con una amplia expresión de felicidad, la joven se agarró al brazo de aquel hombre y, con sutiles empujones, lo condujo hacia la pista de baile.

—Pero ¿qué hace? Ya le he dicho que no sé bailar —la reprendió en un susurro—. Además, no estoy apuntado en su carnet.

—Es mi venganza por arrebatarme ese canapé —contestó ella en su oído. Miró el nombre apuntado en aquella pequeña libreta y arrugó la frente—. Durante esta pieza usted será el señor Redhead.

—Serás... —La música ahogó las últimas palabras del caballero, aunque seguro que no eran importantes.

La joven pareja, de forma algo atropellada, se situó en medio de la pista para que todo el mundo pudiera mirarlos. En lo que no había caído la joven señorita Grace al comenzar aquella

pequeña venganza era que ella tampoco sabía cómo bailar aquel tipo de música. Tenía claro que no quería pisotear al señor Fedrose como había hecho con el señor Adler; y él ya le había dicho que no sabía bailar, por lo que era bastante improbable que la guiase como había hecho el señor Suns, que la había conducido por la pista con suma maestría.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer? —preguntó el caballero—. ¿Te sigo yo a ti?

—¿No se supone que es al revés?

Lo que ocurrió a partir de aquel momento resultó, a falta de una palabra mejor, confuso, dado que, en función del observador, la interpretación de lo sucedido variaba.

Para algunos invitados, el señor Fedrose y la señorita Grace dieron un espectáculo lamentable. Ninguno de los dos se sabía los pasos, no paraban de tropezarse con todo el que estuviera a su alrededor; todo musicalizado con gritos, sollozos y lamentos. Un espectáculo fuera de lugar e innecesario.

Para otros invitados, el señor Fedrose y la señorita Grace eran una pareja que lo intentaba. Era evidente que no se sabían los pasos, pero se esforzaban; aunque no pudieron evitar tropezarse con alguna otra pareja, intentaron no hacerlo y pidieron disculpas cuando ocurrió; todo musicalizado con disculpas, algún que otro quejido y muchos suspiros. Un espectáculo que, aunque discordante, resultó humano.

Solo para muy pocos, el señor Luke Fedrose y la señorita Alice Grace eran dos jóvenes que se divertían. Intercalaban los pocos pasos que conocían con otros de bailes de épocas venideras que encajaban con el compás; cuando se acercaban demasiado a las otras parejas, preguntaban o hacían algún tipo de comentario que robaba un gesto de simpatía a quien los escuchaba; todo musicalizado con carcajadas, sonrisas y bromas. Un espectáculo fresco que ponía de manifiesto el objetivo de aquel evento: pasarlo bien.

—¡Ay! ¡Por favor! —exclamó Alice entre risas mientras salían de la pista—. ¡Creo que me ha dado flato!

—¡Y a mí! —contestó el señor Fedrose con una amplia sonrisa anclada entre sus labios—. Me lo ha parecido, ¿o has estado perreando en un momento dado?

Una potente carcajada salió de la garganta de ella.

—¿Tienes algún problema?

—¡No! ¡No! Ninguno. Muy innovador para la época.

—Desde luego, más innovador que los movimientos de música disco que yo he visto.

—Un respeto a la música disco —sentenció él con una sonrisa de medio lado—. Si el perreo está permitido, eso también.

—Tendré que darle la razón por esta vez, señor Fedrose. Pero no se acostumbre.

La pequeña orquesta seguía tocando, pero parecía estar muy lejos en aquel momento. Igual que el resto de los invitados. Para la señorita Grace, lo único estaba cerca era el hombre que tenía justo delante. Le era imposible no reparar en su pecho, firme contra la tela del traje, que subía y bajaba acelerado tras el baile; en sus labios, cuyas comisuras siempre se elevaban para formar una sonrisa eterna; en su cabello despeinado, que, sin embargo, encajaba a la perfección con unos ojos que emanaban alegría e inteligencia. Un aspecto a mitad de camino entre el perfecto caballero inglés por el que todas las debutantes suspiraban en público, y el perfecto vividor inglés por el que todas las debutantes suspiraban en privado. ¿Qué tenía aquel hombre para hacer que el corazón de la señorita Grace latiera como el de un potro desbocado?

—¿Alice? —escuchó de pronto, por lo que tuvo que volver a la realidad.

—¿Sí?

—Le decía que creo que por ahí viene su madre.

Cuando se dio la vuelta, la vio a la perfección. Acortaba la distancia como si midiera tres metros de alto en lugar de metro y medio. Y su expresión, desde luego, era azorada.

—Creo que será mejor que me enfrente a ella yo sola.

—Como quiera. Pero, si necesita ayuda, solo tiene que silbar.

Él le guiñó un ojo cómplice. ¿O era más bien seductor? ¿Misterioso? ¿Pícaro? Alice Grace no pudo pararse a aclararlo, ya que su madre llegó junto a ella.

Capítulo 11

—¡Hija! —exclamó la duquesa en un tono nada tranquilizador.

—Madre.

—¿Se puede saber qué ha sido eso?

—¿El qué?

—¡Lo que habéis hecho en la pista! ¿Qué ha pasado con la señorita refinada, educada y de buenas maneras que acababa de bailar con el señor Suns? Lo has hecho casi de forma perfecta. Pero ¿con este caballero?

—No ha sido para tanto, mamá —declaró el señor Grace, que apareció con dos copas de vino—. Ten, hidrátate un poco.

—¿Cómo que no ha sido para tanto? —continuó la matriarca, sin rechazar la ofrenda de su hijo—. ¡Todo el mundo os miraba!

—Ese era el objetivo, ¿no? —contestó su hija con cierta soberbia—. Llamar la atención de algún futuro marido.

—Sí, pero de uno respetable.

—¿Como alguien que vive con su madre? —contraatacó ella sin amedrentarse.

—El señor Adler es un gran partido. Un joven respetable —aquella última palabra movió cada músculo de su rostro debido a la intensidad con la que la dijo— y educado que solo necesita a una buena señorita como tú. Una señorita respetable —repitió con insistencia.

—¿Y bailar como lo he hecho no es respetable? —Mientras que, aquella última palabra, en labios de su hija parecía cargada de veneno y de intenciones no proclamadas.

—Señoras... —empezó a decir Edward para intentar calmar los ánimos, sin conseguirlo.

—¡Oh, por favor! ¡Sabes a qué me refiero!

—¿A qué, mamá?

—Hemos venido aquí para divertirnos y para pasarlo bien.

—Y para que me busques un marido, por lo que parece. Uno respetable, claro.

—¿Chicas? —insistió su hermano.

Hay manjares que son imposibles de obviar. Delicias para los sentidos. Como un buen faisán en su jugo, una orquesta de portentosos músicos o un agradable paseo por el parque en un día despejado. Pero también hay cosas más terrenales que obnubilan los sentidos, como dos señoritas discutiendo en un baile. Si además se tratara de una duquesa y su hija casadera, ¿quién podría desviar la atención de ellas?

—¿Hola? —siguió sin darse por vencido el señor Edward.

—Es algo que tú me pediste que hiciera —continuó la matriarca, ciega ante el espectáculo que estaban dando.

—Te pedí que me ayudaras.

—¡Y eso hago!

—¡Pero no quería que lo hicieras en un parque temático!

—¿Qué tiene de malo? Aquí puedes encontrar caballeros...

—Como digas otra vez «respetables», te juro que me tiro por la ventana.

—¡Bien educados! —continuó su madre, tras un breve instante de duda—. Educados y con buenas intenciones.

—¿Buenas intenciones? ¿Cómo el que quiere dejarnos embarazada a una de nosotras?

—¿Qué? ¿Dónde has oído eso, Alicia? —La duquesa, con la rapidez digna de alguien de su clase, cambió el envalentonamiento que encendía sus mejillas por la más absoluta y poco discreta curiosidad—. ¿Quién te ha dicho algo así?

—¿Importa, acaso?

Madre e hija intercambiaron miradas, aunque ninguna parecía dispuesta a ser la próxima en hablar.

—Todo el mundo nos está mirando —añadió el señor Grace con una gran sonrisa, como si allí no ocurriera nada importante—. Creo que sería mejor continuar con esta conversación en otro lugar.

—¡Tienes razón, hijo! —declaró la duquesa—. ¡Nos vamos ahora mismo! —Bajó el tono de voz—: Así me podrás contar en el carruaje eso del embarazo.

—¡Mamá! —quisieron protestar los dos hermanos a la vez.

—¡Nos vamos! Yo que tenía a media docena de buenos caballeros esperando a bailar contigo... Pero después de lo que hemos visto... —Retomó la conversación que había provocado el encuentro con el señor Fedrose.

—¿Ha sido peor eso que taladrarle los pies al pobre Adler? —le echó en cara Alice sin creer lo que estaba ocurriendo.

La duquesa iba a replicar cuando un precioso traje de tres piezas azul celeste se interpuso en su camino, quitándole el aliento por un instante.

—¡Queridas mías! ¿Ya se van?

—¡Oh! Príncipe Hemet. No lo había visto —se disculpó la mujer.

—Han sido la sensación del baile —prosiguió el joven heredero, que posó su mirada sobre la familia—. Todo el mundo comenta las destrezas de la señorita Grace en la pista.

—No estoy para bromas, mi príncipe.

—Y no lo es. Los invitados estaban impactados. —El joven centró su vista la señorita Grace, aunque esta no estuvo segura de si ella era el objetivo de aquellos ojos azules—. Incluso he escuchado que había muchos más interesados en bailar con ella.

—¿Está bromeando? —preguntaron las Grace.

—En absoluto. Además, por lo que sé, hay muchos nombres en el carnet que aún no han tenido su oportunidad. Su hija podría regalar parte de su tiempo a esos caballeros mientras usted charla con mi madre y yo me encargo de enseñarle el lugar al señor Grace.

—Se lo agradezco, príncipe Hemet, pero mi hija podrá pasar tiempo con esos caballeros mañana en el parque...

—¿En el parque? —interrumpió esta.

—Mientras damos un agradable paseo —prosiguió la duquesa—. Así que, si nos disculpa, creo que es el momento de que nos vayamos.

Y así, con la poca dignidad que les quedaba, al menos en opinión de la duquesa, la familia Grace abandonó el baile, aunque no sin que Alice se preguntase dos cosas: quiénes serían los desconocidos con los que tendría que pasear al día siguiente y por qué el príncipe parecía tan atento con su hermano.

Capítulo 12

—¿Cómo lo ves? —preguntó Alice con una clara desazón en la voz.

Tras el particular baile y desempeño de la joven en la pista, la familia Grace había decidido, a la mañana siguiente, salir a pasear —si se me permite un momento de sinceridad, más que una decisión fue una imposición de la duquesa—; en concreto, por uno de los parques que había en la zona, el cual contaba con un servicio de pequeños carruajes que ofrecía, a quien lo deseara, un recorrido por el lugar; además de un lago navegable en pequeñas embarcaciones y extensas explanadas de hierba en las que sentarse a disfrutar del día. Como no podía ser de otra forma, también habían diseminado por diferentes puntos juegos y entretenimientos propios de la época. Un lugar cándido y encantador en el que, con facilidad, las preocupaciones eran olvidadas. Al menos por la mayoría.

—Que te luciste con este contrato —contestó el señor Grace, devolviendo el papel que sostenía a su hermana.

—¿No ves ningún resquicio? ¿Ni agujero legal? ¿Ni oportunidad?

—Ya te lo he dicho cuando me lo has dado al llegar al parque, y te lo digo ahora. No. Incluso borracha, eres una de las mejores abogadas de la ciudad.

La joven dama, ante aquel comentario, no pudo más que suspirar de pura frustración y enojo.

—Se suponía que esto iba a ser divertido —declaró. Con precaución, miró a su madre. Caminaba por delante de ellos, custodiada con el que, en breves minutos, sería su acompañante en aquel paseo y por la madre de este. Se encontraban a una distancia considerable de los hermanos, lo que les permitió hablar con franqueza—. Unas pequeñas vacaciones fuera de la ciudad, con mamá y contigo. Todo el día tumbados en la playa o en la piscina, con una bebida fría en una mano y un buen libro en la otra, con unas maravillosas vistas que consistirían en un mar cristalino y un montón de tíos buenos en bañador.

—Me encanta cómo piensas.

—¡Algo fácil! Que me alejase del ajetreado bufete para volver con energías renovadas. Pero, en lugar de eso, me encuentro... —Las palabras no salieron de entre sus labios.

—Con un corsé apretado, con más capas que una cebolla y siendo exhibida como un premio delante de un montón de desconocidos.

—¡Exacto! Y lo peor es tener que fingir delante de ellos, con los que mamá se empeña en emparejarme —con un leve gesto de cabeza señaló al acompañante de la duquesa—, todo por culpa de...

—Un pedazo de papel que tú misma redactaste. —La mirada que le echó su hermana fue de lo más inadecuada para una dama de buena posición y educación, pero su hermano se lo tomó con humor—. No hace falta que pongas esa cara. Aquí pone que tendrás citas con ellos, no que estés obligada a casarte.

—Bueno, dale tiempo a mamá. Creo que ya está preparando la boda.

—¿De qué sabor quieres la tarta? Solo por si me lo pregunta.

La respuesta de su hermana fue un fuerte y contundente puñetazo en el brazo, de tal magnitud que hizo que una pequeña bandada de pájaros huyeran del árbol en el que descansaban.

—¡Auch! ¡Qué bruta eres! Nada apropiado para una señorita. Así no vas a encontrar un buen marido que te mantenga. —Ella, de nuevo, alzó el brazo para contestar con otro golpe, pero él continuó—: Recuerda que soy tu único aliado en esta batalla. Así que trátame bien o me cambiaré de bando. —Aquella amenaza pareció surtir efecto y Alice se replanteó si propinarle otro puñetazo a su único apoyo en aquel lugar era la mejor opción—. Al menos este no tiene mala pinta.

Los hermanos Grace observaron con atención a un joven que aparentaba la misma edad que Alice, de cabello pajizo y buen porte. Hablaba con su madre, que parecía encantada con aquella compañía.

—Seguro que tiene alguna tara —declaró la joven—. Todos los que escoge mamá la tienen.

—Exageras.

—¿Qué te apuestas?

Aquella pequeña comitiva llegó a una coqueta explanada de adoquines en la que la duquesa decidió detenerse:

—Querida —llamó a su hija—, he estado hablando con el señor Constantine y su fantástica madre. Pero me parece injusto privarte de su compañía. ¿Por qué no paseáis juntos mientras nosotros vamos unos pasos más atrás?

Alice apretó los dientes y sonrió. Era consciente de que su madre seguía enfadada con ella por lo ocurrido la noche anterior —divertirse con el señor Fedrose había sido del todo inaceptable para ella—, por lo que decidió no alimentar más aquella emoción.

—Sería un placer para mí —contestó, ofreciendo la mayor y más falsa de sus sonrisas.

El caballero, con gentileza y amabilidad, se acercó a la dama y le ofreció su brazo.

—Como veo que están bien atendidas, queridas mías —dijo el señor Grace, que aprovechó para mirar con rapidez su reloj de bolsillo—, las veré dentro de un par de horas, pues otros asuntos requieren de mi atención.

—¿Dónde vas, Edward? —preguntó la duquesa mientras su hijo le regalaba dos besos.

—No debe preocuparse, madre. Solo a atender unas pequeñeces sin importancia.

—¡Traidor! —declaró su hermana cuando se acercó a ella—. ¿No dijiste que eras mi aliado?

—Sí, pero hay batallas que es mejor lucharlas sola.

Un impropio se acumuló en la boca de la señorita Grace, sin llegar a traspasar sus labios, aunque se mantuvo ahí el tiempo que tardó su hermano en alejarse de ellas.

—Señorita Alice —escuchó a su lado, lo que la obligó a girarse para fijarse en su acompañante—. ¿Le parece si proseguimos con el paseo?

Ella volvió a apretar los labios.

—Claro que sí, señor Constantine.

Ambos comenzaron su caminata en silencio, acostumbrándose al ritmo del otro e

intentando obviar el murmullo constante que salía de sus madres.

—Discúlpeme, señorita Grace, pero creo que no he sido presentado como es debido —dijo él—. Soy Philip Constantine. Puede llamarme Philip si lo prefiere.

—Es bueno saberlo, aunque dudo mucho que el que lo llame por su nombre de pila guste a nuestras madres. Eso demostraría que existe mucha confianza entre ambos.

—Oh, cierto. No había caído en ese detalle.

—No debe preocuparse. —Alice no había visto los vídeos de baile que le mandó su madre, pero sí todas las películas de época que había encontrado en internet—. ¿Puedo preguntarle cómo ha llegado a este lugar?

—¿Al parque temático? —Ella asintió, percatándose entonces de que su acompañante no era del todo desagradable a la vista. Tal vez tuviera unas facciones algo infantiles para ella, pero era innegable que poseía cierta belleza—. Bueno, en parte creo que es culpa de mi madre. Me dijo que estaba cansada de verme siempre delante del ordenador y que quería que encontrase a alguien que me hiciera feliz.

—Sí, me suena esa última parte. ¿Puedo preguntarle si es usted informático o algo por el estilo?

—Algo parecido. —El silencio después de aquella respuesta no entusiasmó a Alice—. Soy diseñador de videojuegos.

—Oh. Eso es muy interesante.

—Sí, a mí me apasiona.

—¿Y usted crea de qué va a ir el videojuego? ¿O...?

—Me encargo de transformar la historia en lo que luego será el juego —contestó a la pregunta antes de que Alice pudiera terminar de formularla—. Lo que son los gráficos y todo lo que hay más allá. Porque, verá...

La señorita Grace se lamentó de haber sacado el tema, pues el señor Philip Constantine, a pesar de ser un caballero encantador y educado, también era un gran apasionado de su trabajo. Un gran gran apasionado. Del tipo de pasión que puede tener a un hombre hablando sin descanso

durante más de media hora y transformar un tema fascinante y original en algo soporífero y agotador. En especial si, más que una conversación, la situación se convierte en un monólogo interminable. Algo que otra debutante habría aguantado con estoicidad y paciencia al pensar en la belleza de aquel caballero o en la holgada situación económica que aquel trabajo ofrecía a su interlocutor. Pero aquello no fue suficiente para Alice, quien ya había conocido a otros caballeros como aquel —sobre todo en su entorno laboral— y sabía cómo lidiar con ellos.

—¡Señor Constantine! —exclamó más fuerte de lo normal, lo que consiguió que su acompañante se detuviese un instante. Tiempo suficiente—. ¿Sabe usted montar en barca? — Señaló el lago que había a su lado y el pequeño puerto.

—No, la verdad es que mi trabajo...

—¿Por qué no lo probamos? —continuó, temerosa de que aquel caballero retomase la conversación.

—No sé si...

—¡Insisto, señor Constantine!

Con una leve presión del brazo, la señorita Grace tiró de él hasta llevarlo al borde del lago. Allí había un pequeño puerto en el que aguardaban media docena de embarcaciones.

—¿Quieren subir? —preguntó uno de los empleados del parque.

—Sí, claro que sí.

Es por todos conocido que una dama, educada y formada para llegar a la exquisitez social, y en cuyo haber se encuentran las más gentiles y amables virtudes, jamás haría algo inapropiado, egoísta o escandaloso. Por eso habría sido imposible pensar que Alice, fingiendo un tropiezo, tirase al agua a su acompañante. Habría sido mucho más creíble que el señor Constantine, obnubilado por la belleza de la señorita Grace, tropezase él mismo y se precipitara al lago.

—¡Oh! ¡Vaya! —exclamó la muchacha—. ¿Se encuentra bien?

—Yo... Sí... Bueno... —contestó un empapado Philip.

—Creo que, en su estado, será mejor que demos por concluido el paseo, ¿no le parece?

—Antes de que pudiera contestar, ella continuó—: ¡Perfecto! ¡Ha sido un placer, señor Constantine! Espero verlo pronto.

Y sin darle tiempo a responder, Alice se dio la vuelta, se agarró del brazo de su madre, y tiró de ella tan fuerte como pudo para alejarse de allí lo más rápido posible.

—Buenos días, duquesa. Señorita Alice —saludó el ama de llaves cuando llegaron—. ¿Todo bien en su paseo?

La matriarca fue a contestar, pero su hija se adelantó.

—Estupendo, gracias por preguntar.

—¿Estupendo? —repitió la duquesa, sin dar crédito a lo que escuchaban sus oídos—. ¿Con lo que has hecho?

—Yo no he hecho nada, mamá. Ha sido solo un tropiezo.

—¡Un tropiezo provocado por ti!

—¿Me ves capaz de hacer algo así? —La muchacha no dejó contestar a su madre—. ¿Todo bien por aquí?

—Todo en orden —dijo el ama de llaves—. Tienen visita en el estudio. El príncipe Hemet ha venido a visitarlas. Se encuentra charlando con su hermano.

Aquella información cogió desprevenida a Alice, que no recordaba haber quedado con el joven, mientras que su madre parecía encantada.

—¡Ay! ¡El príncipe! ¡Qué buena noticia! Cariño, ¿por qué no te adelantas y vas a saludar? Yo iré enseguida. Necesito cambiarme los tacones, los pies me están matando... ¡Y esta tarde aún tenemos la partida de cróquet!

—¿Hay que ir? ¿Por qué no te quedas en casa y descansas?

—¡Buen intento, cariño! Pero no cueles. Allí te esperan unos estupendos caballeros que, confío, no terminen empapados como el señor Constantine.

Y así, mientras la duquesa se dirigía hacia sus dependencias, la señorita Grace hizo un gesto de agradecimiento al ama de llaves y se encaminó hacia estudio, que se encontraba con la

puerta cerrada y de cuyo interior no salía el más mínimo ruido procedente de una posible conversación. Esto no llamó la atención de la dama, pues no pareció extrañarse, aunque todo cambió al abrir.

Allí, tumbado boca arriba sobre el escritorio y con las piernas desnudas en el aire, se encontraba el príncipe Hemet. Y justo detrás de él, con los talones del príncipe sobre sus hombros y cubriéndole la boca con la mano al tiempo que marcaba unos rítmicos envites, estaba su hermano.

Sin el menor tipo de duda, Alice supo que el señor Grace tampoco llevaba los pantalones puestos.

Capítulo 13

Alice cerró la puerta y contuvo una carcajada. Ya que, visto lo que ocurría en el estudio, las atenciones e intereses mostrados por el príncipe Hemet no estaban destinados a conquistar a la señorita Grace, sino más bien al señor Grace.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó la duquesa al verla allí—. ¿Por qué no entras?

—¡Nada! ¡Nada, mamá! —Rauda, fue al encuentro de su madre, la agarró por el brazo y la obligó a cambiar de dirección—. He estado pensando en eso del cróquet y me apetece muchísimo.

—¿En serio?

—En serio. ¿Te parece si nos adelantamos y practicamos?

—¿Y qué pasa con tu hermano?

—No te preocupes por él, nuestra querida ama de llaves —Alice se giró hacia ella— le puede dar el recado a Edward cuando termine de hacer... lo que esté haciendo.

La mujer, con muchas temporadas como aquella a sus espaldas, no necesitó más para entender el mensaje.

—¿Y si lo esperamos...?

—¡No! No hace falta.

—Vale. Bien. Pero al menos déjame que entre a saludar al príncipe Hemet —contestó la duquesa, que se dio la vuelta para encaminarse de nuevo al estudio.

—No hace falta, mamá.

—Sería muy desconsiderado por nuestra parte. ¿Y si se lo dice a su madre?

—No creo que le cuente nada —sonrió su hija con cierta picardía—. No debes preocuparte.

—No estoy segura. Si solo se trata de un saludo cordial...

—¡No hace falta! —Alice agarró de nuevo del brazo a su madre y la giró como si se

tratase de una peonza—. Es que, verás, yo quiero ir ya al parque, porque..., verás, quiero, quiero... No quiero quedar en ridículo delante de ninguno de mis pretendientes. Por eso me gustaría ir antes a practicar un poco.

—¿De verdad? —quiso saber una escéptica duquesa.

—Claro que sí. He visto que..., bueno, verás, que te lo estás tomando muy en serio —improvisó la joven al mismo tiempo que se encaminaban hacia la salida—. Y yo no he sido todo lo considerada que debería. Por lo que creo que..., bueno, verás, debería de empezar a tomármelo más en serio. ¿Y qué mejor momento que este? Por eso quiero ir antes, para practicar y así deslumbrar a mis pretendientes.

—¡Oh! ¡Cariño! —contestó una entusiasmada y convencida duquesa—. ¡Cuánto me alegro de que hayas recapacitado! Seguro que, con esta nueva actitud, encontramos a tu pareja perfecta en un santiamén. ¡Y estoy convencida de que será uno de los pretendientes de esta tarde!

Y así, mientras la mujer enumeraba las cualidades de los caballeros con los que pasarían la tarde, su hija suspiraba y pensaba en el gran favor que le debía su hermano.

—Se le da muy bien —declaró el nuevo pretendiente de la señorita Grace.

—Exagera. Solo es suerte. —El hombre era apuesto, elegante y sabía jugar al cróquet—. Aunque le agradezco el cumplido, señor..., señor... —Tenía un apellido impronunciable e imposible de memorizar—. ¿Había jugado antes?

—Unas cuantas veces. Practiqué bastante antes de venir. También se me dan bien el tenis, el bádminton, el pádel, el fútbol, el baloncesto... —Otra de las cualidades de aquel caballero era su exagerada competitividad y una absoluta falta de modestia—, la natación, el golf... Soy una persona muy deportista.

—Ya veo, ya. —Sus anchas y extensas espaldas eran prueba de ello.

—¿Usted practica algún deporte, señorita Grace?

—¿Yo? Suelo hacer pilates a diario, aunque creo que me pasaré al yoga cuando vuelva a casa. —Aquella última frase la dijo mientras miraba a su madre, que parecía perdida entre los

kilómetros de separación que existían entre los hombros de aquel caballero. Por suerte para la señorita Grace, detrás de la duquesa vio que su hermano ya había llegado y se acercaba a ellas—. Mamá, ¿te importaría ocupar mi lugar unos minutos?

—¡Claro, hija! ¡No te preocupes! —contestó, contenta de poder apreciar más de cerca los encantos de aquel pretendiente.

La joven fue al encuentro de su hermano.

—No es lo que parece —declaró él.

—¿No te estabas follando al príncipe Hemet sobre el escritorio de la casa? —preguntó en un susurro.

—Vale, sí. Es justo lo que parece. ¿Mamá lo sabe?

—No. No se ha enterado de nada.

—Uff, menos mal —declaró el señor Grace, aliviado.

—Yo pensaba que el principito estaba aquí buscando mujer.

—Yo también. Hasta que se presentó en casa y me bajó los pantalones. —Al escuchar aquello, una carcajada quiso salir de los pulmones de Alice, pero tuvo que contenerla para no llamar la atención de su madre—. Y claro, uno no es de piedra.

—¿Te ha contado por qué no se lo ha dicho a su madre?

—¡Ali! ¡Tía! Pues claro que se lo he preguntado, ¿no te jode? La primera vez, cuando me la estaba comiendo, y la segunda, cuando le tenía la boca tapada para que no gritase mientras le follaba. Ha sido una conversación superamena.

En esa ocasión no pudo contenerse y, de entre los labios de Alice, se escapó un ligero sonido que llamó la atención de la duquesa, que los miró con suspicacia.

—Me debes una —susurró la muchacha mientras ambos sonreían, educados y como si hablasen del tiempo, a su madre—. Y muy gorda.

—Lo sé.

—¡Y pienso cobrármela!

—Soy consciente de ello. —La forma en que la miró, con una mezcla de altanería y

soberbia, no le gustó nada a la joven—. Por cierto, ha llegado un paquete para ti. Como hombre de la casa, me he visto en la obligación de comprobar su contenido; solo para asegurarme de que no se trataba de nada peligroso para una dama.

—Qué morro tienes. —Soltó una pequeña carcajada.

—Solo te diré que estoy deseando ver cómo te queda.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de la joven, justo en el momento en que su madre se giraba hacia ellos.

—Alice, cariño, ¿por qué no sigues tú ahora? —La mujer tenía las mejillas encendidas y la respiración algo agitada, aunque sus hijos nunca supieron si era debido al juego o a las cualidades físicas de su contrincante.

—Si no hay más remedio —contestó en un susurro.

—¿Qué dices? No te he oído.

—Nada, madre. Decía que estoy encantada de sustituirte.

Alice cogió el mazo y volvió con aquel acompañante de apellido impronunciable.

—¿Le ha venido bien el descanso?

—Muy bien, señor..., señor... ¡Muy bien! —Terminó con una educada sonrisa.

—Me alegro. Debe usted esforzarse si quiere alcanzarme.

La señorita Grace no supo qué terminó con su paciencia: si la sonrisa de superioridad de aquel caballero, la prepotencia que emanaba de cada uno de sus movimientos, el ser incapaz de pronunciar aquel horroroso apellido... La cuestión era que aquel hombre no poseía lo que la joven buscaba en un marido, por lo que decidió tomar otra salida para solucionarlo.

Decidida, la muchacha alzó su mazo y, con toda la fuerza que pudo, golpeó la pelota y la lanzó lo más lejos posible.

—¡Oh! ¡Vaya! —dijo con fingida sorpresa sorpresa—. Creo que me he pasado un poco.

—No se preocupe, yo...

—¡Ya voy yo a por ella! Usted, mientras, puede charlar con mi madre y mi hermano. —

Y, sin darle tiempo a reaccionar, la señorita Grace salió, casi a la carrera, detrás de aquella bola

perdida.

En un principio parecía que no sabía en qué dirección había salido disparada, cuando la realidad era todo lo contrario: lo sabía con total seguridad, pero, cuanto antes la encontrase, antes tendría que regresar con aquel caballero, y pensaba demorarlo lo que le fuera posible. Por eso no le importó dar un pequeño rodeo entre una zona de vegetación, que le ofreció una excusa perfecta para acercarse a oler las flores y apreciar las hojas de los árboles. Por supuesto, fingió buscar con ahínco la pelota, por lo que tuvo que poner en práctica sus dotes de actuación; sin contar que, entre aquella zona de sombras y guarecido del sol, encontró algo que no buscaba pero que le alegró encontrar: al señor Fedrose.

Él, ajeno a que un par de ojos lo estudiaban desde la distancia, disfrutaba de un libro, recostado sobre el césped. Y, por si cabía alguna duda sobre la identidad de aquel hombre, su eterno cabello despeinado era inconfundible. A la dama le llamó la atención su rostro de completa y absoluta concentración, aunque también había ciertos matices, como la forma de su boca ligeramente curvada o la leve elevación de sus mejillas, que le indicaron que disfrutaba de aquellas palabras. Una estampa que podría haberse perpetuado en el tiempo si el señor Fedrose no hubiera alzado la vista al cambiar de página y se hubiera percatado de la presencia de la joven.

—Señorita Grace —saludó con una flamante sonrisa—. Qué agradable sorpresa.

—Lo mismo digo —añadió ella con una leve genuflexión—. No pretendía molestarle.

—Usted jamás molesta.

Alice había escuchado antes aquella frase. Incontables veces. Y daba igual si la pronunciaba un caballero o una dama: siempre tenía un cariz impostado. Falso. Como si tuvieran que decirlo por educación. En toda su vida solo se había encontrado con dos personas que al decir aquella combinación de palabras las hacían sonar veraces y reales: sus padres. Daba igual la situación en la que se encontraran, que, siempre que lo habían dicho, su hija había sentido que de verdad no molestaba. Dos personas contra el resto de la humanidad. Dos personas, al menos hasta ahora; porque aquella frase, de pronto, en los labios y la voz del hombre tumbado en la

hierba, sonó tan sincera como cuando la decían sus progenitores.

Eso provocó que una marea de sensaciones y emociones abordase el cuerpo de la señorita Grace, incapaz de traducir lo que su organismo trataba de decirle.

—¿Disfrutando de una tarde soleada? —preguntó el señor Fedrose ante el silencio de la joven.

—Algo así —contestó esta, consciente de dónde estaba. Miró a su alrededor y, a sabiendas de que podían descubrirla, decidió sentarse en la hierba—. Se supone que estoy jugando al cróquet con uno de los pretendientes que me ha buscado mi madre.

—Por la forma en la que se oculta entre las plantas, me arriesgaré a decir que ha tenido tardes mejores.

—No lo sabe usted bien. ¿Sería mucha indiscreción preguntar qué lee?

—Me gustaría decirle que algo digno de un lugar como este, como por ejemplo Cervantes, Lorca o Unamuno. Algún autor con peso y sobriedad.

—Pero la realidad es...

—Que leo una novela romántica que se publicó hace unas semanas.

Con una cara llena de picardía, potenciada por ese cabello despeinado, el señor Fedrose sacó del interior del libro otro un poco más pequeño con una colorida portada y un título simpático.

—Debe estar muy bien para tenerlo tan concentrado.

—Lo normal, en verdad. Chica conoce chico bueno; chica conoce chico malo; chica empieza a salir con el chico malo; chica lo pasa mal por culpa del chico malo hasta que chica se da cuenta de que al que quiere es al chico bueno. Nada que me sorprenda, aunque está escrito de forma muy divertida y no tengo del todo claro si de verdad se va a quedar con el chico bueno o con el malo.

—Las chicas siempre nos quedamos con el chico bueno —declaró la señorita Grace—. O al menos las chicas listas que saben lo que quieren.

—¿Y usted sabe lo que quiere?

Aquella pregunta dejó descolocada a la joven. Tal vez por la simplicidad de la cuestión, a pesar de encerrar algo mucho más complejo. ¿Sabía Alice lo que quería? Un novio, una pareja, una persona con la que compartir su vida, ¿no? Aquellas eran las respuestas obvias, la razón por la que estaba en aquel lugar, siguiendo las condiciones de su madre para conocer a todo tipo de caballeros. Porque ese era el objetivo: descubrir a un flamante hombre que se hiciera un hueco en su corazón. Un corazón, roto y vacío que anhelaba la compañía de su alma gemela. ¿Acaso ella creía en ese concepto? ¿Las almas gemelas? ¿De verdad había alguien destinado para ella? ¿Para ser su pareja?

Aquel monólogo, que asaltó en un instante su cabeza, le pareció demasiado íntimo y confuso —pero también sincero— como para compartirlo con el señor Fedrose, así que decidió tomar otra salida ante aquella coyuntura:

—¿Y usted quién sería? ¿El chico bueno? ¿O el chico malo?

—¿Yo? —Le debió parecer muy gracioso, ya que empezó a reírse—. Creo que soy el chico afortunado. —Aquella respuesta no convenció a Alice, que lo miró inquisitiva, por lo que él continuó—: Afortunado porque las experiencias que he vivido, tanto buenas como malas, me han hecho ser quien soy; afortunado por ser un hombre que sabe lo que quiere y lo que no; afortunado por ser capaz de ver las cosas buenas que hay en los días malos; pero, sobre todo, afortunado por encontrarme aquí, con usted.

Un ligero picor apareció en la garganta de la señorita Grace, acompañado de un leve calor que ascendía por su estómago y que se acomodó en sus mejillas. La joven era una persona diestra en las batallas que se libraban en nombre del amor, por lo que sabía que aquella había sido una completa y absoluta insinuación. Una, había que añadir, que también fue certera. Aunque la joven dama no supo si la turbación que sentía en su interior había sido provocada por la revelación de que el señor Fedrose estaba interesado en ella, y no como amigos, o por el uso excesivo de la palabra «afortunado». ¿Podría ser él la persona «afortunada» que había ganado el sorteo para entrar gratis al parque? ¿Era, tal vez, un hombre sin recursos que había tenido un golpe de suerte al acceder a gente mucho más holgada económicamente? ¿Sería él la persona sin

dinero que buscaba casarse con alguien de mejor posición? ¿O la señorita Grace solo le estaba dando demasiadas vueltas a algo sin importancia?

La providencia quiso que aquel no fuera el momento para enfrentarse a aquellas preguntas, ya que la joven escuchó su nombre en la lejanía.

—Parece que me he excusado más de la cuenta. —Azorada, se levantó—. Ha sido un placer charlar con usted.

—Lo mismo digo.

—Ya me contará si al final se queda con el chico bueno o con el malo.

La señorita Grace hizo una leve reverencia antes de encaminarse hacia donde estaba su familia, aunque una pregunta la rondó toda la travesía. ¿Y ella? ¿Con quién se quedaría? ¿Con el chico bueno? ¿Con el malo? ¿O con el afortunado?

Capítulo 14

Alice seguía con aquellas preguntas en su cabeza, que se acrecentaban con cada paso que daba: ¿con quién querría estar? ¿Quería estar con alguien? Claro que sí, por eso había redactado aquel contrato y se había visto arrastrada a unas vacaciones como aquellas. Porque quería tener pareja. Eso lo tenía claro —lo que no sabía con tanta certeza era si el método empleado por su madre era el más adecuado—. La cuestión era que, entre los posibles pretendientes, ¿con quién se quedaría? ¿Con el chico bueno, el malo o el afortunado? Desde luego, parecía que la última de las etiquetas correspondía al señor Fedrose, ¿era él quien había ganado el sorteo o solo había sido una elección particular de palabras?

¿Y el chico malo? ¿Quién sería? El primer rostro que le vino a la mente a la señorita Grace fue el de su hermano; en concreto, el de su hermano mientras cometía actos impuros con el príncipe Hemet. Pero, una vez superada esta primera impresión, ¿quién era el chico malo en aquella historia? No había sentido ningún tipo de atracción por ningún caballero de mala educación, mala reputación o malas maneras. Tampoco nadie se había propasado con ella, ni seguido de forma insistente, ni mostrado ningún tipo de interés cuestionable. ¿Tal vez esta no era ese tipo de historia?

De modo que solo quedaba una etiqueta por emparejar: la del chico bueno. ¿Quién era? Y un rostro, claro como el agua más cristalina, se materializó en su cabeza. ¿O de verdad lo tenía justo delante?

—¿Señor Suns? —preguntó, sorprendida, Alice. Había llegado al lugar donde su madre, su hermano y aquel caballero de apellido indescifrable jugaban al cróquet, pero junto a ellos se encontraba el atractivo y galán hombre—. ¿Qué hace usted aquí?

Él, que para aquella ocasión había escogido un traje de un azul muy claro —casi tanto como el de sus ojos—, le regaló una flamante sonrisa.

—Es un placer verla, señorita Grace. Me encontraba dando un paseo por el parque

cuando he visto a su madre y me he acercado a saludar.

—Un gesto de lo más educado y encantador —declaró la duquesa, que parecía extasiada—. ¿No crees, hija?

—Sí, claro. Desde luego —contestó ella.

—Y he tenido la gran suerte de que su hermano me ha invitado a jugar. —La palabra «suerte» resonó en la cabeza de la dama—. Por no hablar de que a su acompañante —el hombre se giró hacia el caballero de apellido impronunciable, quien lo miraba con cierta tensión en sus facciones— le ha parecido bien que me uniera.

—Siempre es un placer contar con más jugadores —declaró, aunque, por la forma en la que apretó el mazo entre sus manos, lo que hizo que los nudillos se le pusieran blancos como la leche, no parecía muy conforme con aquel añadido al grupo.

—¿Sabe usted jugar al cróquet? —preguntó ella.

—Lo justo.

—¿También se ha visto un par de vídeos, como con el baile? —La pregunta de Alice no pilló desprevenido al señor Suns, quien, tras una suave sonrisa, asintió.

—Muchas veces es más cuestión de suerte que de otra cosa. —De nuevo aquella palabra. «Suerte».

La señorita Grace se colocó entre su hermano y su madre mientras los dos caballeros reanudaban la partida.

—¿Qué tal se le da? —preguntó la joven en un susurro.

—Está destrozando a tu pretendiente —contestó, lleno de sorna, el señor Grace—. O te lo follas tú, o tendré que hacerlo yo.

La joven miró a su madre para comprobar que estaba concentrada en la partida y no en sus palabras.

—¿A otro más? —preguntó, repleta de picardía—. Sabes que no todos son gays, ¿verdad?

—Lo sé. Es algo que lamento profundamente. Si supieran lo que se pierden...

Con cada golpe y con cada bola que recorría el césped, la rojez en el rostro del pretendiente de la señorita Grace iba en aumento; al igual que las sonrisas y las miradas que dedicaba el señor Suns a la joven.

—O tienes un moco colgando, o a ese hombre le gustas mucho —dijo el señor Grace.

—Que romántico eres cuando quieres, hermanito.

—¿Qué decís? —interrogó la duquesa en un susurro.

—Que creo que el pretendiente de esta tarde te ha salido rana, mamá. Aunque no pierdas la esperanza, ya que el nuevo contrincante resulta más adecuado.

—¿Tú también lo crees? —La duquesa parecía entusiasmada—. Llevo un par de días pensándolo. Que tal vez el señor Suns sea un buen partido. Pero lo veo tan guapo... Tan educado... Tan perfecto que me hace sospechar.

—Claro, porque prefieres para tu hija a un tío egocéntrico y que no sabe perder, ¿verdad? —En otro momento, su madre se habría ofendido con aquellas palabras, pero estaba demasiado encantada con la silueta que dibujaba la chaqueta del señor Suns como para ofenderse.

—Todas cometemos errores, querida.

El chasquido de la madera al romperse llamó la atención de la familia Grace. El pretendiente había destrozado su mazo de cróquet al verse derrotado.

—¡Ha hecho trampa! —gritó—. ¡No puede haberme ganado limpiamente!

—Ha jugado muy bien —comenzó la joven dama—, señor..., señor... ¡Ha jugado bien!

—¡Trampas! ¡Seguro que ha hecho trampas!

—Creo que es hora de irnos —declaró la duquesa—. Señor Suns, ¿sería usted tan amable de acompañarnos?

—Será un placer para mí.

La matriarca de los Grace sonrió al galante caballero, entrecerró los ojos hacia el fallido pretendiente y terminó con un rostro lleno de curiosidad al ver la falda manchada de verde de su hija. Si pensó algo al respecto, no lo compartió en voz alta y solo se preocupó de tapar aquella zona con su cuerpo para que el señor Suns no se percatase.

—Veo que no solo se le da bien el baile, sino también el cróquet —afirmó Alice, acompañada por el caballero y seguida, unos metros más atrás, por su madre y su hermano—. ¿Qué más talentos oculta?

—Me temo que no oculto nada. Lo que ve es lo que soy. —Al escuchar aquellas palabras, una duda asaltó a la señorita Grace: ¿sería igual de atractivo sin el traje? Porque todo apuntaba a que sí—. Aunque no negaré que la suerte puede que haya jugado a mi favor.

De nuevo aquella palabra. Aquella sensación. Aquellas dudas.

—¿A qué se refiere? —preguntó con cierto nerviosismo.

—Nada en concreto. Solo que creo que he sido muy afortunado al encontrarlos en el parque, al cruzarme con usted en el primer baile o porque decidieran venir esta temporada y no la siguiente. La fortuna me sonríe cada vez que me cruzo con usted, señorita Grace.

La joven tragó saliva con dificultad, como si se hubiera comido un pedazo de pan demasiado compacto. Era el segundo caballero aquel día que se sentía afortunado. ¿Tal vez sería el señor Suns el ganador del sorteo?

—La fortuna sonríe siempre a los valientes. —Fue lo único que se le ocurrió decir.

—Cierto. Por eso espero que valore mi valentía y, en el baile al revés que se celebrará dentro de un par de días, pueda regalarme un poco de su tiempo. —El señor Suns, con una leve genuflexión, besó el dorso de la mano de la joven justo cuando llegaron al lado de su carruaje—. No hace falta que me conteste ahora. Solo piénselo.

La familia Grace se despidió del caballero y, mientras duquesa e hijo hablaban sobre la pérdida de un pretendiente, la hija pensaba que, en realidad, parecía haber ganado otros dos.

Capítulo 15

No hubo más pretendientes el resto de la tarde. Ni más citas. Ni más bailes. Ni más partidas de cróquet. Solo una cena en familia en uno de los restaurantes del recinto. Una velada íntima en la que el peso de la conversación recayó en la duquesa y su hijo, mientras que una silenciosa Alice tenía la mente en otro lugar. En concreto, en dos caballeros que habían mostrado interés por ella —y no, no se trataba de ninguno de los que le había presentado su madre—. Dos hombres diferentes en muchos sentidos, ya que el señor Suns mostraba una educación y saber estar exquisitos, al igual que un porte que quitaba la respiración a quien lo mirase demasiado tiempo; mientras que el señor Fedrose poseía una personalidad atrayente, un humor vivaz que revitalizaba cualquier situación sumada a una fisonomía para nada desdeñable. Pero el uso excesivo de la palabra «fortuna» en su último encuentro había sembrado la duda de si los dos caballeros participaban en aquella temporada por méritos propios o gracias al azar; en concreto, gracias al sorteo que permitía que alguien accediese a aquel lugar sin importar su procedencia. ¿Acaso un detalle como aquel haría desmerecer a uno de aquellos pretendientes? ¿Lo que sentía la joven Grace debía ser visto a través de la lente de aquella posible realidad? ¿Importaba el dinero a la hora de entablar una relación?

Aquellas dudas, y muchas más, mantuvieron a la joven con la mente ocupada y con la voz ausente, una actitud que predominó también al día siguiente, cuando fue invitada a participar en un pequeño aperitivo organizado por la reina y al que asistieron otras debutantes.

—¿Querida? —escuchó que preguntaba alguien—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. Sí —respondió con rapidez la señorita Grace—. Es que estaba contemplando los hermosos frescos del techo y he perdido el hilo de la conversación. Disculpenme.

Y tenía razón: no era la primera joven, ni sería la última, que diría aquella frase, ya que el salón privado de la reina bien lo merecía.

Se trataba de una sala acogedora, con una refinada decoración en colores pastel y en la

que destacaban pequeños detalles dorados que aportaban solemnidad al espacio. Una sala de té acorde con la moda, que ofrecía cómodas butacas labradas, una mesa de brillante mármol para los aperitivos y, entre otros detalles, una inmensa chimenea que, en esa época del año, no era necesaria tener prendida. Aunque, sin lugar a duda, lo más destacado de aquella habitación era el techo, en el cual habían pintado una escena que representaba a diferentes deidades griegas disfrutando de un refrigerio.

—No tiene que disculparse —agregó en un susurro la joven que estaba al lado de Alice—. Confieso que yo también me he quedado prendada de ese techo.

—Como para no hacerlo, ¿verdad? —El artista había puesto un gran empeño e ímpetu en plasmar, de la forma más realista, el que debía ser el cuerpo masculino de todo un dios.

—Señoritas, por favor —llamó la atención la reina, que parecía encantada de haber reunido a aquel exclusivo grupo—. Si van a contar algún chisme, que sea en voz alta. Así podremos oírlo todas.

La picardía que había impresa en aquellas palabras logró robar alguna tímida carcajada entre las presentes.

—Me temo, su excelencia, que solo contemplábamos el techo —admitió la joven sentada al lado de la señorita Grace, una muchacha cuyo nombre y apellido no había logrado retener, pero que se mostraba entusiasmada con todo lo que allí acontecía.

—Una lástima. La corte suele ser muy aburrida... No hay nada que avive las conversaciones...

—Bueno —interrumpió otra de las allí presentes, una muchacha poco agraciada cuyo apellido tampoco había sido incapaz de memorizar Alice—, si me permite, majestad, algunas de nosotras comentábamos quiénes nos parecían los caballeros... con más porte. —Terminó con una leve sonrisa nerviosa.

—¿Con más porte? —repitió la monarca sin contener una risotada—. ¿Y quiénes son, bajo el punto de vista de unas candidas y educadas debutantes —aquellas palabras provocaron más risas contenidas por el salón—, los caballeros que ostentarían esa virtud?

Sin guardar el decoro que requería estar en presencia de la reina, el grupo se lanzó a hablar sobre los diferentes pretendientes: la forma en que bailaban, hablaban o se relacionaban; la manera en que se habían acercado a ellas, las habían adulado o encandilado; aunque lo que provocó más revuelo fue cuando se detuvieron a opinar sobre el modo en que la ropa se ajustaba, mejor o peor, a la anatomía de algunos. Detalles y datos que carecían de importancia para la señorita Grace hasta que un nombre captó su atención:

—El señor Suns, sin lugar a duda —logró escuchar que decía una de ellas—. Creo que es caballero más apuesto y más bue... —carraspeó un segundo antes de continuar—, con más porte de la temporada.

Aquello generó un pequeño revuelo entre las presentes, lo que afinó los sentidos de Alice.

—Es demasiado atractivo —declaró la muchacha poco agraciada—. ¿No cree?

—Tal vez.

—¡Ay! No hace falta que sea modesta —prosiguió con entusiasmo—. Yo diría que es el hombre más apuesto de la temporada. Y, aunque no he tenido el placer de charlar con él, me han dicho que su educación es exquisita. —La señorita Grace se limitó a asentir—. Que jamás tiene un mal gesto o una palabra desatinada. Es como si su cuerpo y su mente hubieran sido cincelados por los mismísimos dioses.

La exaltación de la joven no menguaba, sino que se acrecentaba con cada una de las frases que salían por su boca. Algo que también debía ocurrirle a las demás damas, ya que la algarabía que se había formado en un momento era casi ensordecedora.

—¡Señoritas! —La reina hizo sonar una pequeña campana—. ¡Señoritas! —repitió hasta que guardaron silencio—. Veo que el señor Suns ha causado un gran impacto en ustedes, lo que me agrada. Cualquiera que despierte su interés será afortunada. —De nuevo la suerte hizo acto de presencia en la vida de Alice, si bien esta vez vino acompañada de una mirada penetrante de la soberana, quien parecía tener ojos solo para ella—. Desde luego, en cuanto a los debutantes varones, es la joya de la temporada.

La muchacha entusiasta alzó la mano con timidez.

—Si me permite el atrevimiento, su majestad. —Ante sus palabras, la reina asintió—. Es indiscutible que los... —carraspeó antes de proseguir— talentos del señor Suns son innegables. Lo comentábamos la señorita Grace y yo. Pero creo que hay alguien que le hace la competencia.

El silencio de la joven solo acrecentó la expectación en el resto de las damas, que se perpetuó por unos largos segundos que crisparon los nervios de las presentes, incluso de la reina:

—¡Dilo ya, niña! —exclamó esta.

—¡El señor Fedrose!

Y la algarabía comenzó, de nuevo, a cobrar vida, aunque en aquella ocasión la monarca consiguió controlarla a tiempo:

—¡Señoritas! ¡Señoritas! Estoy deseando escuchar lo que tienen que decir sobre el señor Fedrose, pero me gustaría hacerlo con cierto orden y decoro, por favor.

Miró a casi todas las muchachas y estas empezaron a guardar silencio. Cuando la sala volvió a quedar en calma, hablaron de forma ordenada, aunque también caótica:

—¡Es un hombre divertidísimo!

—¡Un encanto!

—¿Y habéis visto ese pelo?

—Necesita un repaso.

—Pues a mí me gusta.

—Pero eso no lo hace desmerecer lo más mínimo.

—¡Oh, no! Lo más mínimo.

—Es un caballero arrebatador.

—¡Y también muy guapo!

—Es de los que de lejos parecen muy normales...

—Pero de cerca se les aprecia una belleza muy intensa.

La reina carraspeó en su asiento y aquel aluvión de comentarios descontrolados se detuvo:

—Veo que no solo el señor Suns ha llamado su atención, también el señor Fedrose —

declaró la monarca con una sonrisa traviesa—. Desde luego, son dos caballeros dignos de los más altos cumplidos. La señorita que conquiste sus corazones será muy envidiada. Alguien tan digna como ellos.

De nuevo aquella mirada. Aquellos ojos enmarcados entre finas arrugas. Aquella certeza implícita en un simple gesto.

—Pero —interrumpió de pronto la entusiasmada joven sentada a su lado—, si alguna los conquista a ambos, ¿con quién se quedaría?

Aquella nueva pregunta revolucionó de nuevo a las presentes.

—¿A quién escogerías? —se escuchó.

—¿Yo? ¡Ni idea! ¡Son los dos tan maravillosos...! ¿Y tú?

—¡No sabría decirte!

—¿Escoger solo a uno? —Una nueva oleada de risas—. ¿No me puedo quedar con ambos?

—Un poco de decoro, señoritas —increpó la reina.

La pregunta ya estaba servida: de entre los dos, ¿a quién escoger? Por suerte para Alice, una nueva distracción evitó que pensase en la respuesta.

—¿Te imaginas que ha sido uno de ellos al que han pillado? —preguntó la joven entusiasmada en un susurro.

—¿Qué? —dijo la señorita Grace—. ¿Pillado? ¿A qué se refiere?

—¿No se ha enterado? —La muchacha dio unas palmadas rápidas a causa de la emoción—. Se dice que han sorprendido a un caballero saliendo de la casa de una dama. Y no por la puerta principal. Sino por una ventana. —Miró a su alrededor y bajó aún más la voz—. Subiéndose los pantalones.

—¿Qué? —repitió Alice—. ¿Salió por la ventana?

—Sí. Desde luego, tenía pinta de que había entrado en el dormitorio de la hija de los señores y, bueno, si salió así... Es fácil imaginar qué hacía, ¿no? —Una rápida carcajada se escapó de entre sus labios—. Esto parece una novela, ¿no? ¡Y sería mucho mejor que ese

misterioso hombre fuera uno de nuestros queridos caballeros! ¿No cree?

—¿De verdad piensa que podría ser el señor Suns? ¿O el señor Fedrose?

—¿Por qué no? Desde luego, si fuera el caso, me encantaría ser la afortunada dama que los recibiera entre las sábanas.

El resto de las invitadas, con la ayuda de la reina, pasaron a discutir temas más adecuados para unas señoritas de su posición, aunque eso no impidió que Alice se quedase congelada en su sitio. Porque, ¿podría ser el señor Suns o el señor Fedrose a quien habían pillado huyendo de aquella casa? No lo creía posible. Por lo que sabía de ellos, ninguno de los dos necesitaría urdir tal maniobra para conquistar a una dama. ¿O tal vez uno de ellos era el que buscaba un matrimonio ventajoso económicamente? ¿Y si no era así y le estaba dando demasiada importancia? ¿O si uno de los dos era el ganador del sorteo? ¿Tan malo sería? Y una duda más apareció ante la señorita Grace: ella quería tener pareja, pero ¿qué tipo de pareja?

Capítulo 16

Alicia estaba ya hasta los ovar..., digo, vaya, disculpe mi lenguaje, no sé que me ha podido pasar. Alguien de mi posición jamás debe perder las formas.

Como decía —antes de este incómodo momento—, Alice sentía un leve agotamiento debido a la situación generada por sus pretendientes. Desde aquellos que, escogidos por su madre, no habían causado la impresión deseada en la familia Grace hasta aquellos que, sin ser escogidos por nadie, sí habían causado la impresión deseada, aunque sin que hubiera un solo vencedor en aquella íntima competición.

El señor Suns y el señor Fedrose.

Ambos habían expresado, a su manera, el interés que sentían por la señorita Grace. Y esta, abrumada por la situación, no había sido capaz de dilucidar cuál de los dos despertaba en ella lo que un futuro marido debía despertar —lo que era innegable es que, ambos, sí despertaban en ella, y en todas las damas, deseos que solo pueden ser correspondidos en la intimidad de la alcoba—. Esto, a otra debutante, le habría causado innumerables dudas y jaquecas, seguidas de una larga lista de indecisiones que, con toda certeza, no habría dilucidado ella sino el pretendiente que diera el primer paso; pero ya ha quedado constancia de que Alice no era como el resto, por eso, en lugar de permanecer en sus aposentos, sumida en la duda, decidió tomar la iniciativa.

El baile al revés era el evento que daba fin a la temporada.

Todas las damas se ponían sus mejores vestidos y sus joyas más brillantes para deslumbrar. Tenían claro que, si no habían conseguido un pretendiente aún, aquella era su última oportunidad para conseguirlo. Y, para realizar tal hazaña, los protocolos se flexibilizaban en cierta medida, no solo porque fueran ellas las que tuvieran que pedirles bailar a ellos, sino también en cuanto a la vestimenta. Por eso no era raro encontrar confecciones más modernas y vanguardistas de escotes menos recatados o aberturas más atrevidas en las faldas. Si a esto le

añadimos que el palacio real ofrecía una de las más magníficas escaleras para hacer una entrada que arrebatase el aliento, el espectáculo estaba servido: ninguno de los presentes apartaba la vista de aquellos escalones y de las damas que, con más o menos gracia, descendían por ellas. Y llegó el gran momento.

Alice hizo su entrada.

Los allí reunidos eran un variado grupo de caballeros y damas cuyas opiniones, podían ser muy diversas; pero hubo algo aquella noche en lo que todos coincidieron sin el menor atisbo de duda: en que la señorita Grace estaba arrebatadora. Era una imagen imposible de olvidar y de la que era aún más imposible apartar la vista.

El vestido ejemplificaba a la perfección lo que habría podido definirse como una obra de arte; no solo por estar confeccionado con una preciosa tela satinada en rojo cereza, sino por el propio patrón. La falda tenía forma cónica, con un suave vuelo que la hacía girar con gracilidad al más mínimo movimiento, y ascendía recta hasta un cinturón; este, que se asemejaba más a un fajín, consistía en una sola pieza de tela triangular muy larga, donde la parte más ancha se había pegado al torso para luego enrollarse sobre sí misma, lo que provocaba que la cintura se empequeñeciese a medida que la vista se aproximaba al centro de la pieza, en la cual esperaba un broche que representaba una simple flor de diamantes. Si la vista ascendía hasta el escote, se encontraba con un cuello barco, amplio, que se alargaba hasta simular dos tirantes que se habían desprendido de los hombros y que formaban una solapa tan ancha que cubría el pecho de su dueña. Un corte que, aunque dejaba mucha piel al descubierto, no resultaba indecoroso o inapropiado, ya que no sugería ningún tipo de escote y centraba la atención en la delicada cadena de brillantes que adornaba esa zona. Un colgante sencillo, a juego con unos pendientes de las mismas características; detalles que no pretendían eclipsar la belleza de la joven Alice, que, sin apenas necesidad de maquillaje y con el pelo recogido en un juvenil moño, mostraba una belleza natural que obnubilaba a quien fijase sus ojos en ella.

La joven señorita Grace, allí, en lo alto de aquella escalera, se sintió poderosa, fuerte e inquebrantable. Como si en lugar de aquel fantástico vestido en realidad portase la más

resistentes de las armaduras. Aquella noche nada podía herirla ni dañarla. Y con aquella seguridad impresa en cada partícula de su ser, miró a los presentes. Con una seguridad inquebrantable retó a todo aquel que osara mirarla a los ojos, sin acobardarse, sin dejarse comer terreno, demostrando que ella estaba allí sin temor ni duda. Porque ya no era la dulce presa, delicada y apocada, que debía ser una debutante; ¡ella era la cazadora!

Con esto bien claro en su mente, descendió por aquella impresionante escalinata, despacio, con calma, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, sin que las decenas y decenas de miradas que recibía le hicieran temblar el pulso lo más mínimo.

—Estás espectacular —susurró su hermano, al recibirla en la parte baja.

El comentario fue correspondido con una sonrisa discreta, aunque repleta de alegría, ya que el señor Grace, al ver aquella obra de arte tras llegar a casa —el mismo día que él resolvía algunos «asuntos» con el príncipe Hemet—, decidió que debía estar a la altura, por lo que mandó que le confeccionaran un traje hecho con la misma tela del vestido. Cuando ambos hermanos se colocaron uno al lado del otro, la estampa arrebató el aliento a los presentes.

—No puedo quejarme de mi atuendo —prosiguió él—, pero ¿dejarás que me lo pruebe algún día?

—Prefiero que descanse en el suelo del dormitorio de un caballero antes que entre tus manos —contestó ella casi sin separar los labios.

La pareja escarlata avanzó por aquel espectacular salón.

Como una luna llena en una noche sin nubes, localizaron al señor Suns sin el menor problema, ya que su estatura, sus grandes espaldas y su rostro lo hacían destacar por encima del resto de los caballeros. Se encontraba en uno de los extremos del lugar, vestido con un riguroso traje negro y corbata, y sus celestes ojos no se apartaban de la señorita Grace, a la que contemplaba casi con admiración.

Al que costó algo más localizar fue al señor Fedrose, ya que había decidido colocarse en un discreto lugar de la estancia para pasar desapercibido. Pero algo en él —tal vez su pelo, tal vez su expresión relajada, tal vez la forma en que miraba a Alice— también lo hacía destacar en

medio de aquella marea de trajes oscuros.

Y entre medias de aquellos dos caballeros tan increíbles se encontraban el resto de los pretendientes: el pelirrojo señor Redhead, que parecía incapaz de cerrar la boca al contemplar a Alice; el caballero que había terminado en el lago del parque, que se encontraba charlando con un par de invitados; o uno de sus últimos encuentros, el hombre de apellido impronunciable, que estaba bien rodeado por un nutrido grupo de jóvenes.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó el señor Grace.

Una enigmática sonrisa se dibujó en el rostro de aquella debutante:

—Escoger.

Capítulo 17

Alice, con la barbilla bien alta y con el porte de toda una emperatriz, dedicó una última mirada repleta de seguridad, de convicción y de altanería a los presentes, lo que habría sido reprochable para cualquier otra dama, pero no para alguien que brillaba con luz propia gracias a aquel vestido.

Una vez recorrió la estancia, decidió colocarse en un discreto lateral junto con su hermano, mientras que el resto de los presentes volvían su atención hacia la siguiente dama que descendía por las escaleras.

—¿Y a quién escogerás? —quiso saber el señor Grace.

Pero su hermana fue incapaz de contestar, ya que alguien apareció ante ellos:

—¡Qué guapos vais! ¡Ha sido grandioso! —declaró la duquesa, henchida de orgullo—. ¡No puedo creer que, otra vez, mis hijos sean el centro de atención! Y la cosa mejora, porque, viniendo hacia aquí, varios caballeros me han preguntado si los sacarías a bailar.

—¿Quién te ha preguntado? —quiso saber la interesada.

—¡Muchos! Algunos ni siquiera sabían que estaban interesados en ti, pero otros sí han sido muy atentos.

Como si aquellas palabras fueran un aviso, al pequeño grupo se acercó aquel caballero de apellido impronunciable y competitividad cuestionable. Aunque no parecía que fuese a ser el único, ya que detrás de él se veía a otros interesados.

—Buenas noches, duquesa. Señor Grace. Señorita Grace —saludó con educación, a lo que la dama asintió con una leve inclinación de cabeza—. Me preguntaba si querría bailar conmigo.

—Pues, en verdad...

—Buenas noches, familia Grace —la interrumpió el señor Redhead—. Perdonen el atrevimiento, pero quería saber si me concedería un baile —quiso saber el caballero de rojizas

melenas.

—Espero que me lo conceda a mí primero —se añadió a aquel grupo, cada vez más numeroso, el señor Constantine.

Los tres se miraron como lo harían tres perros que discuten por un trozo de solomillo. Para su desgracia, tras ellos, había un pequeño grupo de hombres que esperaban su turno para preguntar lo mismo.

—Caballeros, si me disculpan —dijo Alice con una alegre sonrisa—. Por lo que tenía entendido, este era el baile al revés y eran las damas quienes debían tomar la iniciativa. Y, sin embargo, aquí están ustedes, pidiéndomelo a mí. Tal vez haya entendido mal las reglas de la velada, pero creo que, aunque puedan hacerlo, sus peticiones se van a quedar suspendidas en el aire.

Con la cabeza bien alta y el corazón repleto de orgullo, la señorita Grace echó a caminar a través de aquel pequeño grupo de interesados.

Sin perder ni un ápice de su elegancia y solemnidad, la joven paseó por la estancia. Sola. No era preciso que un hombre la acompañase o la protegiese. Ella se bastaba para esa tarea. Una mirada era suficiente para dejar claro a quien quisiera acercarse que no era bien recibido, que su único objetivo era deambular y así disfrutar de la música, el ambiente y la atención que captaba de los presentes. Todos parecían observarla, analizarla y reparar en cada mínimo gesto que realizaba, como si con aquello pudiesen adivinar las intenciones de aquella particular debutante cuando la realidad era que Alice solo quería hacer lo evidente: poner del revés las normas. Dejar de ser la dulce y tímida señorita, para reivindicarse como la mujer que era: poderosa y que portaba las riendas de su vida.

Por eso mismo no dudo ni un segundo en dirigirse a uno de sus objetivos en cuanto lo tuvo cerca:

—Señor Suns —saludó ella con una agradable sonrisa.

—Señorita Grace. —Hizo una leve inclinación de cabeza—. Está usted deslumbrante.

—Muchas gracias. —Él, como no podía ser de otra forma, esperaba que le preguntase si

quería bailar. Tal vez por eso nuestra joven dama prefirió optar por otro enfoque—. ¿Le apetece dar un paseo conmigo? He oído que este palacio tiene unos jardines muy bonitos.

Acercarse a la pista no era lo que quería.

Era lo que se esperaba de ella, pero no era lo que quería.

Prefería algo un poco diferente: los jardines. Un lugar más recogido, sin tantos pares de ojos pendientes de cada uno de sus movimientos y donde, con un poco de suerte, podría conocer mejor a aquel caballero que la pretendía.

—Será un placer para mí. —Él, con una mezcla de alegría y contención en aquel precioso y perfecto rostro, asintió mientras regalaba a todos los presentes una flamante sonrisa. Le ofreció la mano y, cuando ella la agarró, ambos se dirigieron a una de las puertas laterales del edificio.

Allí los esperaba una explanada esmeralda, de una extensión inmensa, salpicada de árboles altos y hermosos, iluminada con pequeñas velas —eléctricas— que marcaban los caminos. Un lugar agradable y en el que era imposible ocultarse para llevar a cabo actos indecorosos.

—¿Puedo decirle que está usted arrebatadora esta noche con ese vestido? —preguntó él mientras, con elegancia y caballerosidad, ofrecía su brazo a la señorita.

—¿Tiene que pedirme permiso? —Ella correspondió a aquel gesto agarrándose.

La espectacular pareja, porque había que admitir que eran una estampa imposible de obviar, caminó por los jardines con parsimonia, como si el tiempo no fuera un problema.

—Prefiero ser precavido que maleducado.

—¿Siempre lo prefiere?

—No siempre.

El lugar olía a césped recién cortado, a la fragancia de los árboles que los poblaban y a aire puro.

—¿Usted siempre es precavida? —quiso saber él.

—Intento serlo. Aunque no siempre lo consigo.

—A veces es complicado comportarse, ¿no cree?

Sus rostros se giraron hacia el otro.

Los labios de él parecían más carnosos, más rosados y más apetitosos; su semblante, con aquel afeitado perfecto y apurado, olía a jabón y a limpio; y sus ojos, que aquella noche resplandecían más azules que nunca, se mantenían fijos en ella.

—Hay tentaciones contra las que se debe luchar. —Alice prosiguió con aquel pequeño juego—. Mientras que hay otras en las que es mejor dejarse llevar por la corriente.

—Y, conmigo, ¿qué hará, señorita Grace? —Él se acercó aún más—. ¿Va a luchar o a dejarse llevar?

—No sabía que usted fuera una tentación.

—Me encantaría ser su tentación. —A otra dama aquella frase podría haberla hecho caer desmayada, pero no a la señorita Grace—. Permítame ser su tentación.

Sin darle tiempo a reaccionar, el señor Suns acortó la escasa distancia que los separaba y unió sus labios a los de ella. Unos firmes labios que abrazaron los de la señorita Grace con pasión y sin clemencia, anhelantes, encontrando una respuesta similar por la otra parte, que parecía querer analizar cada centímetro de piel de aquella zona tan concreta.

Un beso deseado que despertó la pasión en el interior de la señorita Grace, encendió su pecho y arreboló sus mejillas. Un beso que, en el fondo, deseaba desde hacía mucho. Por eso, alimentado por el tiempo que llevaba pensándolo, cuando el señor Suns dio un paso atrás para cortar el contacto, aquel beso le supo a poco.

—Le debo pedir disculpas por mi atrevimiento, señorita Grace. —El pecho de él subía y bajaba, acompasando el ritmo de su respiración—. Un caballero jamás habría hecho algo así. —Eran pocos los momentos en los que Alice no supiera qué decir—. Creo que me he aprovechado de la situación para hacer algo que no debía. Y no quiero que me malinterprete, ha sido un beso maravilloso y esperaba que sucediera desde el primer instante en que la vi, pero no es motivo para aprovecharme de usted tomando así la iniciativa. —El hombre le cogió las manos y posó sus labios sobre la palma—. Espero que pueda perdonarme y que no piense mal de mí. La estaré esperando en el baile, deseando que logre perdonarme y que, en esa ocasión, sea usted quien

tome la iniciativa.

Con una leve inclinación de cabeza, el señor Suns se despidió de Alice. Después giró sobre sí mismo y se encaminó de nuevo hacia la fiesta.

—¿Qué acaba de pasar? —se preguntó ella.

Capítulo 18

Mientras veía cómo se alejaba el señor Suns, Alice pensó si no debía encontrarse en algún tipo de cuento o historia surrealista. Ya que ¿cómo era posible que el caballero más atractivo de la fiesta la hubiera besado, para después apartarse y disculparse? Pero, con cada paso que lo veía alejarse, la realidad se hacía más contundente.

¿Por qué un caballero como el señor Suns había decidido dejarla allí? ¿Tan interiorizadas tenía las costumbres de la falsa época en la que vivían? ¿Habría ido al encuentro del señor Grace para pedir la mano de su hermana? De lo que estaba segura Alice era de que no podía volver a la fiesta, ya que no deseaba encontrarse ni con sus pretendientes ni con los nuevos interesados en ella ni, sobre todo, con su madre. Por eso decidió continuar con aquel paseo, aunque fuera en solitario.

Había que reconocer que aquellos jardines poseían una belleza increíble. No solo por los exuberantes árboles que se alzaban como titanes, los cuales parecían sujetar el mismísimo cielo nocturno, sino también por los parterres de flores que adornaban algunos puntos concretos. De todos los colores y formas, arrojaban belleza en pequeñas dosis a medida que se avanzaba y llenaban el aire de ricos aromas. También llegaba, amortiguada, la música del baile. Un ambiente bucólico solo roto por...

—¿Una bolsa? —preguntó la señorita Grace en voz alta, aunque no había nadie cerca, tras escuchar un ruido discordante en aquella armonía—. ¿Una bolsa de papel?

Aquel particular crujido, que había escuchado decenas de veces en su casa o en el trabajo al solicitar que le llevaran la comida, la transportó a otro momento, o más bien a otra sensación: la de hambre. Tal vez por eso la señorita Grace decidió buscar la fuente de dicho sonido. De una forma poco femenina y más propia de un sabueso rastreador, se acercó a una zona apartada del jardín, poblada de árboles que habían crecido muy cerca entre sí y bordeados por un arbusto que bloqueaba la vista. Sin perder la esperanza, y movida por una mezcla de hambre y curiosidad,

Alice vislumbró una zona entre la vegetación por la que podría pasar al centro de aquellos árboles.

Se recogió la falda como pudo, con cuidado de no estropearla ni arrugarla, y se introdujo en aquel lugar.

Allí, recostado en el espacio libre que habían dejado los árboles, cubierto por una cúpula de ramas y hojas, y protegido de miradas indiscretas gracias a los arbustos, se encontró con un caballero.

—Buenas noches, señor Fedrose. —El hombre, tumbado plácidamente sobre la hierba, alzó la vista. En su rostro se reflejó la sorpresa de alguien que no esperaba ser interrumpido—. ¿Eso es una hamburguesa?

Como esperaba, al lado de aquel hombre vio un par de bolsas de papel, causantes del sonido que la había llevado hasta allí.

—Buenas noches, señorita Grace. ¿Esto? —Señalaba lo que tenía entre las manos—. ¿Una qué? Me temo que no sé a qué se refiere, ya que está prohibido introducir en el parque cualquier alimento que no cumpla con el rigor histórico.

Aquel cabello despeinado seguía igual, acompañado por sus penetrantes ojos oscuros y por una expresión entre dulce y alegre. Al igual que la gran mayoría de los caballeros, también había escogido para aquella velada un sencillo traje negro, camisa blanca y corbata; y, aun así, había algo en él que lo hacía destacar por encima del resto.

—¿De dónde la ha sacado?

—En el hipotético caso de que esto sea, como dice, una ham... jam... ¿Cómo ha dicho que se llamaba? ¿Hamburguesa? Pues, si fuera cierto que es lo que dice, podría contestarle que alguien como yo conoce algunas entradas y salidas del recinto por las que, por ejemplo, podría haber quedado con un repartidor para que le entregase esto de cena. Solo hipotéticamente hablando, claro.

Él la miró con cierta sorna, y ella respondió del mismo modo.

—¿Tiene patatas?

—¡Por favor! ¿Qué es una hamburguesa sin patatas?

—Quiero la mitad por mi silencio.

—Me parece un trato justo —contestó él sin pensárselo.

Alice, con unas maneras y unos movimientos elegantes y dulces, extendió la falda antes de sentarse.

—Está usted... —El señor Fedrose la miró desde el borde de la falda hasta el mechón más alto de su pelo, sin que sus ojos se perdieran el más mínimo detalle—, está... espantosa. —Aquello logró robarle una sonrisa a su acompañante—. ¿No es muy incómodo llevar algo tan grande?

—No se imagina cuánto. Sobre todo para ir al baño.

Una carcajada alegre y divertida salió de entre los labios del señor Fedrose. Un gesto lleno de naturalidad.

—Aun así, diría que ha merecido la pena. Se ha convertido en el centro de atención antes.

Ambos, con una familiaridad y confianza poco adecuados —por no hablar de que un caballero y una señorita estuvieran solos, sin supervisión, en una zona resguardada de miradas ajenas—, comenzaron a comerse aquel pequeño manjar.

—Solo a la hora de entrar. Admito que quería tener mis cinco minutos de gloria. Como en muchas novelas o películas, que al final ella aparece con un vestido espectacular y los deja a todos sin palabras.

—Si pretendía eso, ha sido justo lo que ha logrado. Y, en esas historias, ¿qué pasa a continuación?

—Que la protagonista baila y reafirma el dejar mudos a todos los presentes. Aunque, en mi caso, ya dejé constancia de que el baile no era mi punto fuerte.

De nuevo más risas cómplices entre ellos.

—Si no va a dar ese gran número de baile final, ¿qué hará?

La cantidad de patatas fritas disminuía, al igual que disminuía la distancia entre ellos. Ambos, casi tirados sobre la hierba, disfrutaban de aquella cena improvisada y lo hacían de lo

más relajados. Al señor Fedrose parecía importarle poco que se pudiera manchar los pantalones con el césped, que se le arrugase la chaqueta o que no fuera la imagen del perfecto caballero inglés que se esperaba de él. Un conjunto de cosas que, a otra dama, le habrían causado horror o desazón, pero que no sucedía con la señorita Grace. Aunque se podría decir que un poco de desazón, o intranquilidad, sí despertaba en ella. En concreto, los labios, jugosos y muy apetentes que tenía el caballero.

—Pues, por ahora, disfrutar de esta cena improvisada. ¡No sabe las ganas que tenía de algo así!

—La entiendo.

—No es que lo que hemos comido estos días haya estado mal, pero me moría por una hamburguesa, una *pizza* o algo así. Y ya, si me pones una cerveza... ¡El mejor plan para un viernes por la noche!

—Añade una buena película, y puedes contar conmigo.

—¿Eso es lo que te gusta hacer los fines de semana? ¿Cena, sofá y película?

—No lo haría todos los fines de semana, pero, sí, me gusta. ¿Por?

—No lo sé. No te imaginaba así.

—¿Y cómo me imaginabas?

Alice apenas se percató de la proximidad que había entre ambos hasta que ya fue demasiado tarde: incapaz de controlar sus instintos, lo besó.

Como imaginaba, sus labios sabían a patatas, hamburguesa y refresco. Pero, anhelante de más impresiones, la señorita Grace continuó aquel contacto hasta que el sabor del propio señor Fedrose apareció ante ella. Algo dulce y juguetón, con un toque de picardía, pero también con mucho cariño y afecto. Un gesto que la transportó a cientos de noches de viernes de *pizza* y una buena película... ¿O tal vez no?

Ella se separó, concluyendo el contacto.

Sus ojos se cruzaron y él vio las dudas de ella en aquel instante.

—¿Qué ocurre? —quiso saber—. ¿Tan mal beso?

De nuevo una sonrisa robada.

—No. No es eso. —Alice lo miró como si ante ella no se encontrase el señor Fedrose—. Es que pensaba en tu pregunta, en cómo te imaginaba. Y la verdad..., no lo sé. —Decidida, como si demorarse un segundo la pudiera hacer cambiar de opinión, se puso en pie—. Te he visto engalanado dentro de un parque temático con unas pautas estrictas. ¡Por Dios! ¡Si nos llamamos de usted! Y sí, hemos hablado, me he reído, lo he pasado bien contigo, aunque eso no cambia lo evidente: que apenas te conozco. No sé a qué te dedicas, qué gustos tienes, cómo vistes, por qué estás aquí... —Un suspiro, cargado de frustración, salió de entre sus labios—. La verdad es que yo tampoco sé por qué estoy aquí. Pensaba que sí. Pero creo que no lo tengo claro.

Sin esperar una respuesta, Alice dio media vuelta y salió de aquella zona.

—¡Espera! —gritó el señor Fedrose, que la siguió—. ¿Dónde vas?

Ella no se detuvo y se encaminó con decisión hacia la fiesta.

No quería dar explicaciones, ni contestar preguntas, ni, desde luego, encontrarse con su madre, su hermano y el señor Suns, que fue justo lo que ocurrió.

—¡Hija! —exclamó la duquesa—. ¡Me tenías muy preocupada! Hacía rato que no te veía.

—Alicia —dijo de pronto su hermano al verle la cara—, ¿estás bien?

—Menos mal que el señor Suns me dijo que te había visto en el jardín —prosiguió la matriarca—. Es todo un caballero, ¿verdad? Bueno, también como el señor Fedrose, que veo que viene por ahí.

—Alice —la llamó este último, uniéndose al grupo.

La señorita Grace miró a la pequeña comitiva que se había reunido en un momento: las caras llenas de dudas de sus pretendientes; la de preocupación de su hermano y la de completa alegría de su madre. Y tuvo claro lo que tenía que hacer.

—Me voy.

Se agarró la falda para no tropezarse —algo de lo más inadecuado para una dama con clase—, se dio la vuelta y echó a caminar.

—¡Alicia!

—¡Hija! ¿Dónde vas?

—¡Señorita Grace!

—¡Alice!

Epílogo

Los tacones de aguja resonaron sobre el suelo de forma rítmica y segura.

El recepcionista alzó la vista y, en un gesto mecánico, sonrió como lo hacía con todos los desconocidos que llegaban:

—Bienvenida a De la Rosa Arquitectos, ¿en qué puedo ayudarla?

La mujer que se había detenido delante del mostrador le devolvió una sonrisa educada.

—Buenos días. Vengo a ver a Lucas Fernández de la Rosa. —Su tono, aunque cordial, demostraba una entereza y una seguridad que dejó al recepcionista casi sin palabras.

—¿Tenía... tenía una cita con él?

—No.

—Me temo que, si no tiene cita, no puedo dejarla pasar.

—Lo entiendo, no se preocupe. Pero ¿sería tan amable de hacerme un favor? ¿Podría decirle que he venido a verlo? Si está muy ocupado para atenderme, no se preocupe, que me iré por donde he venido. —Las reglas estaban claras: sin cita no se podía ver a ninguno de los trabajadores, y mucho menos al jefe de la empresa. El problema fue que, aquella mujer, tenía algo. Un arrojo, un saber estar y una determinación tan clara que hizo dudar al recepcionista—. Estoy segura de que, cuando le diga quién quiere verlo, podrá dedicarme cinco minutos.

El trabajador estaba acostumbrado a aquel tipo de personas. No era la primera vez que escuchaba una frase similar, pero siempre procedían de hombres trajeados con demasiado ego. Y, sin embargo, en aquella ocasión, salido de los labios de aquella mujer, le sonó muy diferente.

—¿Quién digo que quiere verlo? —preguntó mientras cogía el teléfono.

—La señorita Alice Grace.

Ella sonrió con seguridad y él asintió a la vez que marcaba la extensión pertinente.

—Hola, señor Fernández, disculpe que lo moleste. Hay aquí una mujer que quiere verlo... No, no tiene cita... Sí, se lo he dicho, señor, pero, aun así, insiste en verlo... Me ha

dicho que se llama señorita... —carraspeó—, señorita Alice Grace... Sí, señor. Alice Grace. —Hubo unos segundos de silencio acompañados de varias miradas del recepcionista a la mujer—. Sí. Enseguida. —Colgó el teléfono y se dirigió hacia ella con una leve sonrisa—. El señor Fernández la verá ahora. Permítame que la acompañe a su despacho.

El chico salió de detrás de su escritorio y caminó por el estudio de arquitectura, un lugar amplio, espacioso y con un diseño sencillo, en el que los colores dominantes eran el blanco y el marrón de la madera. Cinco personas trabajaban en sus diferentes puestos de trabajo, y los cinco se giraron a mirar a aquella mujer a medida que cruzaba el lugar. Era imposible quitarle los ojos de encima: aquellos vertiginosos tacones iban acompañados de unos pantalones negros de pinzas, rectos y planchados a la perfección; a juego llevaba una americana del mismo color, de hombros marcados, con el primer botón abrochado, y que dejaba ver lo justo un *bustier* de encaje del mismo color que la suela de los tacones: rojo.

Este mismo tono escarlata adornaba los labios de aquella bellísima mujer, quien había perfilado sus increíbles ojos azules para que resaltasen más y recogido su media melena rubia para dejar a la vista un sensual cuello que no iba adornado con ninguna joya.

Como he dicho, una invitada que fue imposible de ignorar por el resto de los trabajadores.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? —preguntó el recepcionista una vez llegaron a una sencilla pero gigantesca puerta de madera en la que se veía el nombre del jefe del estudio.

—No, muchas gracias.

Con un leve asentimiento de cabeza, el chico abrió la hoja para darle paso a un despacho con la misma simplicidad que el resto del lugar, pero con un diseño vanguardista y estético. La habitación estaba decorada con cuadros repletos de planos, una inmensa mesa de arquitecto, una pequeña zona de sofás con una mesa baja y un escritorio, tras el cual se encontraba un hombre con camisa blanca —con un par de botones desabrochados—, despeinado y con unos oscuros ojos que no se apartaron ni un milímetro de aquella mujer.

—Si necesitan algo, háganmelo saber por favor —ofreció el recepcionista antes de cerrar

la puerta tras salir.

—Señorita Grace —saludó él con una sonrisa llena de picardía.

—Señor Fedrose —respondió ella con un ligero movimiento que simulaba una reverencia como si llevase un vestido—. Me alegro de verlo.

Ella, con pasos felinos, se acercó al escritorio y colocó las manos encima, para que su cuerpo quedase inclinado hacia delante y su escote resultase más provocativo.

—Lo mismo digo —respondió él sin caer en aquella tentación. Lo que sí hizo fue rodear la mesa para colocarse al lado de su invitada y, de un modo informal, apoyarse sobre el escritorio al mismo tiempo que doblaba los brazos, lo que provocó que su camisa blanca se ciñese mucho más a unos bíceps que habían pasado inadvertidos hasta entonces—. ¿Puedo preguntar cómo me has encontrado?

Ella, al ver que su estrategia de distracción no funcionaba, decidió poner algo de distancia entre ambos y sentarse en una de las sillas.

—Tengo mis métodos. —Que su hermano se acostase con el hijo de los creadores del parque debía tener alguna ventaja. Y conseguir información sobre los asistentes era una de ellas—. ¿Te sorprende?

—Nada en absoluto. No esperaba menos de la gran Alicia García García, socia del bufete García-García abogados, uno de los más prestigiosos de la ciudad. —Aquella verdad la cogió desprevenida y provocó que una suave sonrisa se dibujase en sus labios—. Como verás, yo también tengo mis métodos. —Cansado de aquella postura, el señor Fernández decidió sentarse en la silla contigua a la de ella—. ¿Debería asumir que averiguaste el verdadero nombre de otros invitados al parque?

—Deberías.

—¿Y puedo preguntar qué has descubierto?

—¿Me invitarás a cenar si te lo digo?

—La invitaría a cenar aunque no me lo dijese.

Una rápida carcajada salió de los labios de ella.

—No hay mucho que contar. El señor Henry Suns, más conocido como Enrique Soler, es un empresario bastante bien posicionado. Por lo que he descubierto, su principal intención para ir al parque era hacer contactos, aunque me temo que yo me crucé en sus planes.

—No lo culpo por ello.

—Y sobre el resto de los pretendientes, no hay nada demasiado destacable. Todos hombres, más o menos agradables, que solo buscaban pasar unas vacaciones algo diferentes.

—Intuyo que se acerca un «pero» —añadió él, alzando una ceja.

—¡Pero! —prosiguió Alicia con una suave sonrisa— el señor de apellido impronunciable es otro tema. Debo confesarte que, entre ambos, conseguisteis hacerme dudar.

—¿Sobre?

—Quién era la persona que estaba en el parque gracias a haber ganado el sorteo.

—¿Creíste que era yo?

—Sí. Lo admito. Te llevabas muy bien con la reina, parecías estar siempre cerca de ella y te trataba de forma diferente al resto. Hasta que, tras salir —y gracias al príncipe que hacía tan feliz a su hermano—, descubrí que era él. Igual que sospecho que también era él quien intentaba desesperadamente casarse con una dama o dejarla embarazada.

—¿Él fue al que pillaron saliendo de una de las casas?

—Sí. Aunque no me enteré hasta hace poco. ¿Tú lo sabías?

—Tenía mis sospechas —admitió mientras se encogía de hombros—. Sabía que era él quien había ganado el sorteo y, por su forma de ser y de actuar, me dio mala espina. Parecía demasiado desesperado por agradar.

—Y por ganar —añadió ella con alegría.

—Me alegra ver que no caíste en sus garras.

—Eso me lleva a la siguiente pregunta. Si no eras el ganador del sorteo, ¿quién eras?

—¿Ya conoces la respuesta?

—Tu estudio diseñó el parque. Por eso estabas tan interesado en los edificios. Y entiendo que, también por eso, la reina estaba tan pendiente de ti. Aunque confieso que una rápida

búsqueda en internet me dio la información que necesitaba.

—Chica lista. —Él se recolocó en la silla y centró aún más sus oscuros ojos sobre los de ella—. ¿Puedo hacerte una pregunta...? ¿Qué pasó aquella noche? ¿Por qué saliste corriendo? ¿Tan malo fue el beso?

La mirada de ella se posó en sus labios.

—Me cansé de jugar a los disfraces —contestó con total honestidad—. El parque es un lugar espectacular, en el que jugar a inventarse una bonita historia o vivir un cuento digno de una novela. El problema es que yo no quería inventarme nada, y mucho menos un cuento. Me lo pasé muy bien y, jamás admitiré esto de nuevo, disfruté de aquellos días con mi madre más de lo que esperaba; pero quería algo real. Conocer a alguien sin toda aquella indumentaria, sin todos aquellos modales impostados... Y como no lo iba a conseguir, preferí irme.

—¿Así? ¿Tal cual?

—Así, tal cual —repitió ella—. Me costó un par de discusiones con mi madre, pero se le pasó rápido cuando la invité unos días a la playa. Mi hermano también se apuntó y nos dedicamos a tumbarnos al sol, beber cócteles y disfrutar de mirar a hombres en bañador. —Una suave carcajada se atascó en la garganta de su acompañante—. Fueron las vacaciones que necesitaba. Para desconectar y para averiguar qué quería.

Ella lo miró, repleta de seguridad.

—¿Y yo fui esa respuesta?

—¿Por qué crees que estoy aquí?

La carcajada del señor Lucas resonó por todo el despacho.

—Si se me permite la pregunta, ¿por qué yo? Por lo que sé, el señor Soler también demostró interesarse en la señorita Grace. —Terminó aquella frase con una sonrisa—. Y, hay que admitir que, si comparamos la belleza o el físico, él gana las primeras posiciones. Por eso pregunto, ¿por qué yo?

Ella se levantó de la silla y, como si tuviera un guante de seda, pasó la yema de sus dedos con suavidad sobre el cuello de él, ascendió hacia su mandíbula, se perdió un instante en aquella

barba de varios días y acabó en su mentón con un ligero gesto para que alzara la cabeza y la mirase. Ella aprovechó para acercarse un poco más a él y regalarle un suave beso en la mejilla.

—Porque una buena relación no se sustenta en el físico, sino en muchas otras cosas; sobre todo, en la conexión que se produce entre dos personas.

Él abrió los labios en un gesto que podría ser una palabra a medio decir o un beso a medio dar. Pero ella se separó para apoyarse contra la mesa.

—Ya le regalé un beso, señor Fedrose. Si quiere un segundo, se lo va a tener que ganar. ¿Cuándo ha dicho que me invitaba a cenar?

Él volvió a llenar el despacho con una sonora risotada

—¿Por qué esperar hasta la cena? —quiso saber, poniéndose en pie—. ¿Tiene planes para comer, señorita Grace?

—¿Para comer? ¿A las doce del mediodía? —En aquella ocasión fue ella la que se echó a reír—. ¿No es un poco pronto?

—Podemos tomar un aperitivo, luego ir a comer y alargar la tarde hasta la hora de cenar.

Alicia sonrió, notando cómo algo se removía en su estómago.

—Me parece un plan estupendo.

—¡Perfecto! Cancelaré mis citas y me dedicaré plenamente a usted. —Con unos movimientos exagerados, se colocó delante de ella, hizo una pequeña inclinación y le ofreció la mano—. Señorita Grace, ¿me haría el honor de acompañarme en este día?

—Será para mí todo un placer, señor Fedrose.

Y así, con el brazo de Lucas alrededor de la cintura de Alicia, y con una gran sonrisa anclada en los labios, ambos salieron del despacho dispuestos a pasar su primer día, de muchos más, juntos.

FIN

Gracias por leer esta novela.
Si te ha gustado, puedes ayudarme
dejando una reseña en amazon.

Sobre el autor

Mario Sanca, de origen manchego (1986) se gana la vida como escritor de comedia romántica, está casado y tiene una galga amante de la lectura, aunque le costó un poco hacerle comprender que no debía usar los dientes. En el último capítulo de su vida, se ha producido un cambio de rumbo al aparecer un nuevo personaje: una bebé.

Lector de literatura fantástica y romántica, también es un cinéfilo empedernido. Ha perdido la cuenta de las veces que ha visto *Will&Grace* o *The Big Bang Theory*; le apasionan las películas de superhéroes y las comedias románticas. No soporta el género de terror ni nada que le dé miedo. Le encantan los juegos de mesa, el material de papelería y el chocolate.

Me puedes encontrar en:

<https://mariosancaescritor.wordpress.com/>

https://www.instagram.com/mario_sanca/

<https://twitter.com/mariosanca>